

MATERIA NEGATIVA

H. S. THELS

Materia negativa

H. S. Thels

Colección Espacio el Mundo Futuro/057

CAPÍTULO I

Sobre la helada y desolada superficie de Marte, la masa de la Estación Experimental se destacaba como una giba grisácea, completamente cerrada, de bordes redondeados y de la que emergía, en dos direcciones distintas, el tubo del potente telescopio y el proyector que servía para el lanzamiento de los globos-sonda.

Un intrincado juego de antenas, cables y mecanismos colocados en el exterior, formaban un bosque diminuto en el que el hielo había colgado sus eternos carámbanos.

Fuera de la Estación, en todo lo que alcanzaba la vista, hasta el lejano horizonte, tan llano como todo lo demás, sólo la soledad; la tremenda y escalofriante soledad del planeta muerto se ofrecía a los ojos.

Dos años antes, justamente en febrero de 2016, tras algunas intentonas frustradas, se había logrado establecer aquella Estación que, como una avanzadilla en el espacio, era utilizada para investigar los insondables misterios del Universo.

La claridad del cielo marciano, su casi completa ausencia de atmósfera y su situación propicia para la observación de

las constelaciones lejanas, habían despertado el interés de los científicos que, después de las primeras incursiones de los astronautas, que demostraron la creencia absoluta de vida en el planeta rojo, consiguieron dinero y permiso para establecer aquel magnífico puesto de observación en Marte.

Costó año y medio de esfuerzos el crear aquella especie de mundo artificial, completamente aislado del enrarecido aire del planeta y de su atroz clima. En realidad, desde que se habían cerrado las compuertas automáticas tras el equipo allí encerrado, nadie había osado abrirlas de nuevo, ya que el hacerlo hubiese significado la inmediata muerte de quien hubiera cometido tamaña locura.

Lo verdaderamente sorprendente era que aquel equipo de valientes, que había optado voluntariamente por un destierro en el planeta, estaba mandado por una deliciosa muchacha que todavía no había cumplido los veinticinco años.

Jossie Charpentier, la hija del famoso astrofísico, muerto pocos años antes, se había impuesto, de una manera rotunda, como profesora y matemática insigne. Sus conocimientos le sirvieron para optar y ganar la confianza del Gobierno francés que financió e hizo viable el fabuloso proyecto de establecer la Estación Experimental en Marte.

Hasta la fecha en que la Estación fue un hecho, sólo algunas astronaves, dirigidas por audaces y aventureros pilotos habían osado aterrizar en el planeta rojo reuniendo unos cuantos datos que eran tan inseguros como problemáticos; luego, al establecerse la Estación, ya nadie se preocupó de viajar hacia aquella parte del espacio y los astronautas dieron preferencias a Venus, donde ya se habían establecido una colonia de humanos.

En el interior de la Estación, todo había sido previsto, y, tanto la comodidad como la abundancia en medios científicos, habían sido estudiadas detalladamente.

Las observaciones hechas hasta la fecha demostraban de una manera indudable las ventajas de la posición tomada para echar una ojeada más completa al profundo espacio que se extendía más allá de Marte, pasando por el enjambre de asteroides, hasta Júpiter, el planeta gigante y los otros mundos, tan lejanos como misteriosos, que llegaban hasta el apenas visible Plutón.

* * *

Jossie terminó de cerrar la cápsula metálica del globo-sonda,

—Esta vez —anunció con voz bien timbrada—, lo lanzaremos a mil

kilómetros de altura.

Sus colaboradores, que la rodeaban, experimentaban la misma emoción que ella, ya que se trataba de uno de los experimentos más importantes para acabar de demostrar, de una manera indiscutible, la completa ausencia de atmósfera en Marte.

—¿Cree usted —inquirió un mocetón pelirrojo y alto— que el globo podrá ser fácilmente recuperado?

La muchacha se volvió hacia Daniel con una sonrisa en sus rojos labios.

—Sí, amigo Vautrell —repuso—. No olvide que, gracias al mecanismo teledirigido que hemos aplicado al globo, podremos atraerle fácilmente hacia el lanzador, recuperando indemnes todos los preciosos aparatos que encierra.

León y Ferdinand, dos muchachos casi idénticos, con los mismos cabellos negros y ensortijados y una semejanza física que les hubiera hecho presumir ser parientes cercanos —o incluso hermanos—, asintieron con la cabeza.

—Si me lo permite —dijo León—, quiero decirle que estoy tan impaciente por saber lo que nos aclarará este experimento como de la llegada del ansiado relevo que esperamos.

—Lo comprendo —dijo Jossie—. Es natural que después de catorce meses de estancia en este encierro, deseemos volver a la Tierra. Yo también ansío el momento del regreso.

—¿Cree usted que vendrá monsieur Lenoir a relevarnos?

Los párpados de ella parpadearon una décima dé segundo; de todas formas, aquella demostración de una descarga emotiva, que no pudo contener, pasó muy pronto, y con voz tranquila y serena.

—No lo sé, Leclerc.

Y, después de una corta pausa:

—Preparemos el lanzamiento; estoy impaciente por ver los resultados que obtenemos.

En realidad, lo que deseaba ardientemente era dejar correr un poco su imaginación y así, mientras sus compañeros de equipo disponían el

largo tubo por el que el globo-sonda iba a salir al exterior, ella entornó los ojos, como si meditase profundamente, dejándose llevar por el ensueño de unas ideas que la colmaban íntimamente de placer.

No le era muy difícil asumir aquel papel de «profesor» que su categoría científica le había dado; pero, de todos modos y a pesar de todo, no podía olvidar su esencia femenina, ya que no era una de esas mujeres inteligentes que, solamente por serlo, se creen vedada fa finalidad biológica de su existencia.

Jossie era completamente normal y muy bella. Y, como mujer, estaba plenamente convencida de que tenía derecho a algo que no se estudiaba en los gruesos volúmenes que poblaban su bien nutrida biblioteca.

Por eso, cuando alguien habló de Jacques en su presencia, el recuerdo del hombre amado hizo que todas las preocupaciones de aquel momento desapareciesen para dejar paso a una emoción íntima que estaba fuertemente ligada a ella.

Jacques Lenoir, ©I joven director del instituto Astrofísico de París era su prometido y, francamente, no era proporcionarle un placer el decirle que iba a ser precisamente él quien iba a encerrarse en aquella Estación durante los catorce próximos meses.

Se pasó la mano por la frente, como si desease borrar y desechar las pesimistas ideas que habían penetrado en su mente y acercándose a sus colaboradores.

—¿Cómo va éso, amigos míos?

—Ya está todo preparado, señorita Charpentier —anunció León—. Creo que podremos realizar el lanzamiento inmediatamente.

—Pues, adelante.

No tardó el precioso globo en pasar a la cámara del lanzamiento, después que las compuertas de contr estuvieron completamente cerradas.

Gracias a aquel sistema de cámaras consecutivas y compartimentos estancos, el aire helado de la superficie del planeta no penetraba jamás en el interior de la estación; ésta se alimentaba de los gigantescos depósitos de oxígeno, situados en sus fundamentos y directamente comunicados con una pequeña fábrica que abastecía del precioso elemento el ambiente interno de aquella especie de casamata.

El globo fue hinchado desde el interior y cuando los aparatos comunicaron que la cantidad de helio[1] esa suficiente, Jossie, sin que su mano temblase lo más mínimo, impulsó la palanca que liberaba definitivamente el aeróstato.

—¡Vamos al observatorio! —exclamó la muchacha.

La parte superior de la Estación —lo que podía llevar el nombre de cúpula—, había sido construida con una materia tan dura como transparente y allí, al lado de muchísimos y complicados aparatos, estaba situado el fabuloso telescopio gracias al cual se habían realizado ya importantísimas observaciones.

Sentados en los cómodos sillones allí colocados, los miembros de la Estación Experimental de Marte pudieron ver cómo se alejaba el globo-sonda, elevándose en aquel cielo sin atmósfera, pero que a pesar de todo permanecía casi constantemente cubierto de una tenue claridad, ya que el sol, demasiado lejano, era incapaz de proporcionar luz y calor como sobre la Tierra.

El globo fue disminuyendo de tamaño paulatinamente hasta convertirse en un punto oscuro, apenas visible en la profundidad del espacio.

Jossie se movió impacientemente en su sillón.

—Pronto empezará a emitir —dijo.

Encendió un cigarrillo y miró, con ansiedad, hacia el altavoz que muy pronto empezaría a transmitir la altura lograda por el artefacto que se elevaba en el espacio.

Efectivamente, el altímetro iba conectado a un emisor que comenzaría casi inmediatamente a enviar la altura lograda a partir de cinco mil metros.

Momentos más tarde, el micrófono empezaba a vibrar.

—«Ocho mil metros.»

Daniel, que acababa de encender un cigarrillo, asintió antes de decir:

—¡Va verdaderamente aprisa!

—Sí — repuso la profesora —. La falta de capas de aire que, en nuestra atmósfera, hubiese dificultado la ascensión, le hace avanzar a

gran velocidad…

—«Trece mil metros»… —anunció la voz del aparato.

Aquellas horas de espera pasaron lentamente; de vez en cuando, alguno de ellos hacia una observación banal o un comentario que se perdía irremisiblemente en el silencio que seguía.

—Tengo ganas de volver a ver cualquier ciudad —dijo León.

—¿París… especialmente? — inquirió Ferdinand burlón.

—Puede ser que sí; pero, de todas formas, cualquier ciudad sería buena. Nunca creí que la nostalgia se presentase tan pronto.

Jossie, que escuchaba aparentemente distraída, sonrió antes de manifestar su opinión.

—Vinimos aquí —dijo—, movidos por un excelente entusiasmo; pero, a pesar de ello, es natural que empecemos a sentirnos fatigados. Catorce meses son unos cuantos años en este ambiente en el que hemos vivido. Demasiado tiempo.

—«Ochocientos kilómetros» —interrumpió el altavoz.

—Dentro de veinte minutos habrá llegado a la altura deseada.

—¿Cree usted, Jossie, que ese globo-sonda podrá enseñarnos algo nuevo?

—En principio, amigo mío, no lo creo así —repuso la joven —. Conocemos ya perfectamente la constitución de lo que podíamos llamar «atmósfera marciana»; pero, sin embargo, nunca podremos estar seguros de lo que un globo-sonda… ¿Recuerdan ustedes lo que ocurrió en el siglo pasado, allá por el año 1956?

—¿Se refiere usted a lo del balcón-sonda de aquel laboratorio de los Estados Unidos?

—Sí. Gracias a él se descubrió una nueva partícula atómica; algo que nadie hubiese creído posible años antes.

—¿La «antimateria»?

—Eso es. El «antiprotón»; un corpúsculo que deshace, en el sentido más amplio que puede darse a esta palabra, todo lo que tropieza con él. Efectivamente, amigos míos: los globos-sonda pueden dar

agradables… o desagradables y hasta ingratas sorpresas. Nunca puede saberse.

Guardaron silencio durante un buen rato; luego, la voz neutra que brotaba del megáfono volvió a dar una nueva y última información.

—«¡Mil kilómetros!»

—Ya ha llegado al término de su viaje —dijo la muchacha—; tendremos que preparar el regreso.

Y, volviéndose a León:

—¿Hace el favor de manejar el mecanismo de teleorientación, Dupres?

—En seguida.

Por medio de una radiación especial fue agujereado el globo, dando libre salida a su helio, al tiempo que, también gracias a otro mecanismo teledirigido desde la Estación, se desplegó un complicado sistema de paracaídas, de características especiales, ya que la falta de atmósfera en Marte hubiese precipitado la caída de los preciosos aparatos si se hubiera utilizado un paracaídas corriente.

Los que harían descender suavemente lo que quedaba del globo-sonda estaban conectados a minúsculos cohetes que frenarían la velocidad descenso, de forma que ninguno de los delicados y costosos mecanismos que encerraba la cápsula metálica sufrieran daño alguno.

Sentado ante las pantallas de radar, León fue atrayendo la cápsula hacia la vertical del tubo de lanzamiento por donde los aparatos penetrarían en la estación

Una hora más .tarde, la cápsula, sostenida aún por los paracaídas, penetraba perfectamente dirigida, por la boca del tubo por dónde había sido lanzada con el globo, horas antes.

La cápsula pasó al compartimento estanco que, cuando la compuerta superior se hubo cerrado por completo se comunicó directamente con el laboratorio.

Una maravillosa grúa en miniatura trasladó la esfera sobre los soportes donde sería detalladamente examinada por el equipo de Estación Experimental.

Observaron primero los datos recogidos por los aparatos que iban

pegados a la superficie de la esfera, anotando las temperaturas y presiones que el aparato se había visto obligado a soportar durante su viaje.

Luego, cuando hubieron desmontado los utensilios auxiliares, así como el altímetro-emisor y las antenas de control, que había hecho posible la teleorientación, recogieron cuidadosamente algunas manchas oscuras, que se destacaban sobre la esfera, de un claro color azulado y que eran las huellas de los pequeños meteoritos que habían chocado con el aparato.

El análisis de aquellas minúsculas partículas les permitiría recoger la estructura de cuerpos lejanos de donde, en cualquier gigantesca explosión cósmica, habrían salido disparados como velocísimos proyectiles.

Momentos más tarde, Jossie se dispuso a abrir la tapadera lateral que daría acceso al interior de la esfera.

Verdad era que, como de costumbre, sus dedos temblaban un tanto al manipular la cerradura automática de la esfera. Instantes después, con su «click» característico, la puerta esférica se abrió silenciosamente.

Bastó una sola ojeada a su interior para que Jossie, al tiempo que lanzaba un grito de estupor, cerrase rápidamente la compuerta. Cuando se volvió para mirar a los otros ocupantes de la estancia, sus ojos mostraban el más absoluto desconcierto.

—¿Qué ocurre? —inquirió Daniel, el pelirrojo, que era quien estaba más cerca de ella.

—¡Ha desaparecido todo!

El joven la miró con extrañeza, como si no acertase a comprender el significado de las palabras que acababa de oír.

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó con un sincero acento de sorpresa en la voz.

—¡Qué ha desaparecido todo en el interior! ¡La esfera está completamente vacía! ¡No hay nada!

Dudando aún, Daniel se acercó a la puerta, cogiendo fuertemente la llave en su mano.

Pero Jossie, rápida como el relámpago, se precipitó sobre él e hizo que

quitase sus dedos del pomo metálico.

—¿Qué ya usted a hacer, Daniel? ¿Se ha vuelto loco, de repente? ¡Quite esa mano de ahí!

—-¿Por qué? —preguntó él, mirándola extrañado.

—Porque no sabemos lo que ha producido esa fantástica volatización de los aparatos que había ahí dentro...

Él comprendió bruscamente la enorme imprudencia que había estado a punto de cometer y bajando la cabeza, profundamente avergonzado, se disculpó:

—Le ruego que me perdone..:

—No hay nada que perdonar, amigo —repuso vivamente la muchacha. Estamos todos un poco nerviosos y es natural. Haga el favor de llamar a los otros; tenemos que hablar de esto.

Se reunieron alrededor de la esfera y cuando todos hubieron tomado asiento, Jossie, con una voz en la que la emoción ponía un acento desacostumbrado, dijo:

—Amigos... al intentar abrir la esfera del globo-sonda, me he encontrado con que se halla completamente vacía. Todos los aparatos que pusimos en su interior han desaparecido. No sé si, al abrirla, he cometido un grave error; por eso, cuando Daniel ha intentado imitarme, me he opuesto, ya que he pensado que la «causa» de cuanto ha ocurrido «puede seguir ahí adentro».

Guardó silencio unos instantes.

—Creo —prosiguió después— que debemos llevar la esfera al analizador para conocer lo que todos nos preguntamos en estos instantes.

Nadie hizo comentario alguno y la pequeña grúa llevó la cápsula metálica hasta el interior de un desmesurado aparato, de forma rectangular, que se cerró automáticamente después.

Aquel portentoso ingenio era el analizador de materia y estaba enteramente construido con un producto durísimo y de gran resistencia que, al mismo tiempo, se había conseguido fuese completamente transparente.

En el exterior y junto a Daniel, que había sido el encargado de manipular el mecanismo, el resto del equipo permaneció en silencio, sin atreverse a decir nada, esperando que, de un momento a otro, la verdad surgiese definitivamente desechando las pesimistas ideas que se habían ido apoderando de todos ellos.

Dos brazos metálicos, con manos ultrasensibles en los extremos — en todo semejantes a las utilizadas en las grandes fábricas atómicas—, hurgaron, guiadas desde fuera por Daniel, la cerradura de la cápsula, no tardando en abrir completamente la puerta.

Casi al momento, Daniel sumió la estancia en la que estaban esperando, en una oscuridad completa.

Rayos azules empezaron a atravesar el espacio siendo seguidos por otros, de muy diferentes colores.

Daniel estaba sometiendo a la esfera al bombardeo de todos los corpúsculos atómicos conocidos para estudiar la naturaleza de la sustancia que había destruido tan misteriosamente la totalidad de los aparatos allí encerrados.

El silencio y la expectación tenían algo de angustioso y a medida que las coloreadas chispas que brotaban de los aparatos manejados por Daniel atravesaban la oscuridad reinante en el interior del analizador, la emoción contenida iba creciendo por momentos.

Repentinamente, un corpúsculo, que sólo era un punto rojizo en la negrura y que avanzaba a tremenda velocidad, desvió su trayectoria, avanzando decididamente hacia la esfera.

—Se ha creado un campo electromagnético —dijo Jossie—. Algo se prepara.

En efecto, segundos más tarde, el corpúsculo rojizo estalló en el aire y desapareció fulminantemente de la vista de los observadores.

Hubo un silencio profundo, como si todos esperasen que el analizador pudiese hablar con voz propia, informándoles de lo que acababa de pasar; hasta Daniel, que era el encargado de leer, en la pantalla del aparato, único lugar débilmente iluminado, el resultado del choque, permaneció mudo unos instantes; luego, reaccionando vivamente, lanzó una mirada a la pantalla y con voz emocionada, exclamó:

—¡Ha chocado con un antiprotón!

Se estremecieron, como si el aparato de aire y temperaturas acondicionadas hubiese dejado de funcionar bruscamente.

La voz de Jossie se alzó en medio del impresionante silencio que se había hecho:

—¡Nuestro globo-sonda ha sido bombardeado con un haz de antimateria! ¡Ahí está la causa de que todos los aparatos hayan desaparecido!

CAPÍTULO II

PERMANECIERON en completo silencio, mirando estúpidamente hacia la galería del analizador, por la que seguían pasando, a variadas velocidades, los corpúsculos de diversa especie que brotaban del ciclotrón situado en un extremo.

Tres choques más, tan violentos como el que habían visto en primer lugar, se sucedieron casi instantáneamente.

—¡Huyamos de aquí en seguida! —gritó la joven.

Corrieron hacia la escalinata que conducía a la planta superior, y Daniel, que fue el último en subirla, cerró cuidadosamente la acerada puerta que separaba el resto de la Estación Experimental de la cámara blindada donde solían realizar sus experiencias atómicas.

Solamente al encontrarse fuera se percataron del horrible peligro del que, al menos por el momento, se habían salvado.

—Compruebe la cerradura, Daniel —dijo Jossie.

El joven obedeció y después de percatarse de que la puerta había quedado sólidamente cerrada:

—Todo está bien —dijo.

Ella estaba pálida y con voz entrecortada.

—Hay que tener mucho cuidado —dijo—; a pesar del espesor de las paredes y de la puerta de la cámara, los antiprotones pueden atravesarlas fácilmente y no solamente destruir todo lo que nos rodea,

sino causar la muerte de algunos de nosotros… o de todos.

Se calló y después de mirarles de hito en hito:

—Será mejor que vayamos al salón; creo que debemos discutir la nueva situación antes de que sea demasiado tarde.

Cuando se hallaron en la amplia estancia que les servía de punto de reunión, justamente debajo de la cúpula transparente del observatorio, la muchacha rompió el silencio.

—Debemos hacer cara a esta desagradable sorpresa que acabamos de recibir —dijo con voz emocionada—. Y, además del peligro que personalmente podemos correr, hemos de buscar el origen de lo que le ha ocurrido a nuestro globo-sonda.

—¿Qué quiere usted decir exactamente? —inquirió Daniel.

—Me refiero al hecho de que nuestro aparato haya sido bombardeado con un haz de «antimateria». Evidentemente, jamás, desde que se investiga en el espacio, se había visto una cantidad tal de antiprotones juntos.

León se pasó la mano por los cabellos.

—¿Quiere usted decir, profesora, que «alguien» ha enviado esa carga de corpúsculos contra nuestro globo-sonda? ¿Que se trata de un hecho intencionado?

—¿Puede usted explicar los hechos de otra forma, Dupres? —inquirió ella.

—No, en efecto; pero en honor a la verdad, debo decir que no puedo imaginarme desde dónde podían haber realizado semejante tentativa de ataque. Todos sabemos que los planetas exteriores: Marte, en el que estamos; Júpiter, Urano, Saturno, Neptuno y Plutón se encuentran completamente deshabitados.

—¿Y, quién le habla a usted del Sistema Solar, León? ¿Olvida usted a las galaxias?

Todos se volvieron hacia ella, con los ojos tremendamente abiertos por el asombro; la palidez de sus rostros hacía patente la emoción que sentían. Habló Daniel:

—¿Se refiere usted a alguien que lo haya hecho «desde fuera del

Sistema Solar»?

— Eso es lo que quiero decir, Vautreil — repuso firmemente ella. Exactamente, eso.

León no pudo resistir más aquella tensión nerviosa y levantándose, pulsó el botón que iluminaba la pantalla donde podían proyectarse los films tomados durante aquellos meses.

Por sectores, el espacio infinito empezó a desfilar ante las miradas de quienes lo conocían perfectamente. Millones de estrellas, agrupadas en complicadas y curiosas constelaciones perdidas, infinitamente perdidas, en el pavoroso enjambre de las galaxias.

Si alguna vez la Humanidad, llevada de su necio orgullo, se había adjudicado la realeza de la Creación, era casi seguro que lo había hecho sin contemplar el cielo, sin sentir palpitar los millones y millones de mundos en la fabulosa negrura del vacío.

Pero ahora, al ver desfilar sobre la colosal pantalla todo aquello, ninguno de los que allí estaban habían podido evitar un sentimiento de pequeñez, de inferioridad que llegaba hasta límites insospechados. ¡Allí estaba la grandeza sobrecogedora del Universo! Cualquiera de aquellos puntos brillantes, que no era más que un átomo perdido entre los millones de puntos luminosos que lo rodeaban por doquier, era a! menos, tan grande como el Sol y, por ende, muchísimo más grande que la Tierra; pero ellos sabían que muchísimos de los astros que desfilaban en la pantalla eran Soles colosales, millones de veces más grandes que el nuestro y capaces, por lo mismo, de reinar sobre cientos de enormes planetas.

El descubrimiento de la ausencia de vida en Mercurio, Venus, Marte y todos los demás mundos exteriores de nuestro Sistema había vuelto a arraigar la idea en las mentes de los simples, de que la Humanidad poseía una indudable importancia dentro del juego universal de las cosas creadas.

Sin embargo, la simple ojeada que estaban dando al resto conocido del Cosmos era capaz de tirar por tierra cuantas hipótesis hubiese levantado el egocentrismo humano.

¿Podía toda aquella grandiosidad estar condenada a la nada?

Era lógicamente imposible, y por eso, sencillamente por eso, buscaban afanosamente al mundo que fuera responsable del envío de un haz de materia negativa, lo que demostraría, sin lugar a dudas, que los seres

que habían provocado aquel tremendo fenómeno estaban muy por encima de la civilización alcanzada por los humanos de la Tierra.

No cambiaron ni una sola palabra mientras la película hizo desfilar mundos y más mundos ante sus habituados ojos.

Conocían vagamente muchos de ellos, aunque todos, absolutamente todos, estaban aún hundidos en el más impenetrable de los misterios.

Pero de repente, como si se hubiesen puesto telepáticamente de acuerdo, hicieron un gesto que Daniel interpretó perfectamente, deteniendo la marcha del proyector y dejando fija la pantalla.

Un grupo de estrellas se presentaba ante ellos.

Una de ellas, sobre todo, brillaba intensamente, demostrando una magnitud superior a cuantas la rodeaban:

¡Alfa del Centauro!

La estrella brillante era, en realidad, doble, lo que significaba que aquel mundo, el más cercano a nuestro sistema, pero separado por miles de millones de kilómetros, poseía un doble Sol y que, por lo tanto, los planetas que lo formasen estarían sometidos a un calor y una luz formidables, lo que hacía pensar que la vida se desarrollaría allí con una violencia y exuberancia extraordinarias.

Jossie señaló con un brazo tembloroso la pantalla:

—Sólo de ahí ha podido llegar la materia negativa.

—¿De tan lejos?

Ella se volvió a Daniel y mirándole fijamente le dijo:

—¿Qué quiere usted decir?

—Que me parece completamente imposible que hayan podido ver nuestro minúsculo globo-sonda…

—Eso es completamente razonable, Vautreil —dijo la joven con aire convencido—. Pero yo no he querido decir que los probables habitantes del sistema de Alfa del Centauro hayan bombardeado nuestro aparato desde allí.

—¿Desde dónde entonces, profesora? —inquirió Ferdinand, que no se encontraba a gusto en su sillón.

—Eso es lo que debemos averiguar cuanto antes. De todos modos, hemos de comunicar inmediatamente a la Tierra todo cuanto sabemos. No puede cabernos la menor duda de que algo horrible se está preparando en el Espacio.

* * *

Jacques Lenoir apuró ansiosamente el contenido de su vaso. La rubia cerveza de Alsacia Se proporcionó una sensación verdaderamente agradable.

—Hace mucho caloren París —dijo.

Christian Dubon, su principal ayudante en el Instituto de Astrofísica, sonrió con aire divertido:

—Estoy seguro de que Jossie daría cualquier cosa por poder sentir esta temperatura.

—Pronto la sentirá de nuevo. Fue una verdadera locura que no me dejase ir con ella. Además, llevamos ya cerca de un mes sin noticias…

—No creo que eso deba preocuparte; ya conoces a tu prometida y sabes que, conociendo la proximidad del relevo, estará dedicándose a reunir los informes que ha de presentar al Gobierno cuando regrese a la Tierra.

—Seguro; pero, de todas formas, podía haber comunicado que seguían sin novedad.

Hubo un corto silencio y mientras Jacques encendía un cigarrillo:

—Iba a pedirte un favor, Jacques —dijo el otro.

—¿De qué se trata, Christian?

—Desearía formar parte de la segunda expedición a Marte. Comprendo que tú desees ir, pero es algo muy duro para Jossie.

—¿Por qué?

—Porque lleváis mucho tiempo separados y ya es hora que te decidas a hacerla tu esposa.

Jacques frunció profundamente el entrecejo; luego, con una sinceridad brutal:

—¿La quieres todavía, verdad?

El otro asintió con la cabeza:

—Sería idiota negar la evidencia misma —repuso con un tono completamente natural—. Nunca he dejado de quererla, y por eso mismo, además de desear su felicidad, me agradaría que no te separases de nuevo de ella por mucho tiempo.

Fue ahora Jacques quien sonrió:

—¿Es solamente ese el sentido de tus palabras, amigo?

El otro cerró los puños inconscientemente antes de contestar.

No estaba ni enfadado ni colérico. Tanto Jacques como él eran hombres inteligentes, de mente despejada, y que no podían permitirse un diálogo desagradable y mucho menos sobre Jossie.

Christian había amado a la muchacha desde mucho tiempo antes que Jacques la conociese. Para su desgracia, en aquel lejano tiempo, Jossie era demasiado joven y sus estudios la absorbían por completo. Así, cuando el muchacho la hizo partícipe de sus sentimientos, ella le besó encantada, diciéndole que le agradecería toda la vida el haberle descubierto que además de un científico, era una mujer; una mujer como las otras y capaz, por ello, de despertar en los hombres emociones muy distintas a las que desencadenaban sus científicas conferencias.

Y allí había quedado todo: en aquella risa cristalina —que seguía sonando siempre en los oídos de Christian— y en el beso que aún quemaba los labios del joven cuando lo recordaba.

Después... fue demasiado tarde. Jacques, recientemente incorporado a la dirección del Instituto, iba rodeado de una aureola que deslumbró a la muchacha.

—No —repuso Christian contestando a la pregunta que acababa de formularle el otro—; ya sabes que, si pudiese, te quitaría a Jossie. Significa demasiado para mí para no intentar lo que fuese, siempre lealmente. Si tú vas a Marte y dejas a Jossie aquí, completamente sola, durante un largo espació de tiempo, intentaré de nuevo convencerla que soy yo quien le convengo.

Golpeando el cigarrillo con el meñique, Jacques hizo caer los copos de ceniza sobre el cenicero verde que estaba al lado de los vacíos vasos de cerveza.

—No quiero lastimarte, Christian; pero no temo tus insinuaciones acerca de mi prometida. No un año; la dejaría cinco años sin que, ni una sola vez, temiese que lograras alejarla de mi lado.

—Demasiada seguridad, Jacques.

—Has querido decir petulancia y no te has atrevido. Tómalo como quieras, amigo.

Se sirvió un nuevo vaso de cerveza, ya que, al inclinar la botella sobre el del otro, éste hizo un gesto negativo con la cabeza.

—¿Crees que habrán logrado algo verdaderamente importante? —inquirió Dubon, que deseaba ardientemente alejarse de la conversación cuyo tema le era especialmente doloroso.

—Seguro. Desde Marte, los demás planetas exteriores le habrán revelado muchos secretos, sobre todo Júpiter. También traerán fotos del resto del Universo, obtenidas con mayor claridad que las que hemos logrado aquí.

—No sabes cuánto me alegra otro nuevo triunfo de Jossie. Estoy seguro de que…

El timbre del videófono le interrumpió.

Jacques, que estaba más cerca del aparato, oprimió el botón de la comunicación; la pantalla gris se iluminó, apareciendo en ella el rostro de uno de los empleados de la sección de radio:

—¿Qué hay? —inquirió Lenoir.

El empleado informó:

—La Estación Experimental de Marte está intentando comunicarse con nosotros, señor.

—¡En seguida vamos!

Se habían levantado al unísono y corrieron hacia la puerta, que Jacques dejó abierta para que su amigo pasase; luego, una vez en el pasillo, se precipitaron hacia uno de los ascensores, el más rápido de todos, y subieron hasta la alta cúpula del edificio, fugar en el que

estaban instalados los potentes aparatos de comunicación cósmica.

Debido a la reflexión de las ondas hertzianas en las altas capas de la atmósfera terrestre, principalmente en la ionosfera, se habían visto obligados utilizar ondas de radar que un invento reciente había capacitado para llevar sonidos a través de! espacio.

De todas formas, las comunicaciones con Marte seguían siendo muy difíciles y ésa era la causa de que la Estación Experimental permaneciese muda, salvo en los momentos en los que la comunicación fuese imprescindible.

La sala de aparatos ocupaba casi la totalidad de la última planta del edificio. Ante el aparato de comunicación espacial un hombre joven manejaba complicados aparatos.

A él se dirigieron los dos amigos:

—¿Ha establecido ya comunicación? —inquirió Jacques, visiblemente nervioso.

—Casi, profesor. Dentro de un par de minutos todo estará dispuesto para que hable con la Estación.

—Perfectamente.

Se alejaron unos pasos para que el especialista trabajase a gusto.

—¿Crees que habrá ocurrido algo malo? —preguntó Christian.

—¡No seas pájaro de mal agüero, muchacho! ¿Qué quieres que les ocurra en aquel lugar apartado? El equipo es excelente, la Estación ha sido montada con todo detalle...

—Mejor será así...

La voz del especialista se dejó oír en aquel preciso instante.

—¡Hagan el favor de venir! Ya tenemos contacto con la Estación.

Se acercaron prestamente y sus miradas, ansiosas, se clavaron en la negra superficie del altavoz.

Una serie de extraños ruidos llegaban hasta ellos; rumores confusos e ininteligibles que fueron, poco a poco, reducidos al silencio hasta que la voz de Jossie les hizo estremecer de emoción:

—¡Aquí la Estación Experimental francesa en Marte! Deseo hablar con el director del Instituto de Astrofísica de París… ¡Corto!

Jacques se acercó al micrófono:

—¡Estoy oyéndote, querida! ¿Cómo va eso?

—¡Hola, Jacques! Todos estamos bien; sin embargo, he de comunicarte algo importante. ¿Escuchas?

—Perfectamente, Jossie.

—Esta mañana hemos lanzado, como de costumbre, un globo-sonda, que ha alcanzado una altura de mil kilómetros…

—¡Bravo, querida! ¡Es un verdadero triunfo para vuestro equipo!

—Gracias. Lo que ha ocurrido después es bastante menos alegre para todos. Al recoger la esfera metálica hemos podido comprobar que estaba completamente vacía.

—¿Qué quieres decir, Jossie? Explícate mejor. ¿Qué quieres decir con eso de que estaba vacía?

—Que la totalidad de los aparatos encerrados en la cápsula, habían desaparecido… ¡volatizados!… ¡destruidos! ¿Me oyes bien? ¡Destruidos!

—¿Conocéis la causa?

—Sí. El detector de corpúsculos ha descubierto antiprotones…

—¿Antiprotones? ¡No puede ser!

—Sí, Jacques, ésa es la realidad. Además, la carga de materia negativa era tan intensa que no podemos pensar que haya sido una cosa natural, como los pocos que hemos descubierto en la Tierra. Esos antiprotones han sido enviados por alguien con el fin de destruir nuestro globo-sonda.

—Pero… ¿sabes lo que estás insinuando, querida?

—No insinúo nada, Jacques; estoy relatándote nuestras conclusiones… ¡Estoy afirmando!

—Pero…

—No hay peros, Jacques. Estamos seguros de que «alguien» ha iniciado una acción contra nuestro Sistema Solar, cuyas conclusiones no son, desdichadamente, difíciles de prever… No podemos facilitar más detalles, porque no los tenemos, pero ¡así es!

Hubo un corto silencio:

—Oye, Jossie; serénate, por favor… Escucha… ¿Habéis hecho observaciones detalladas en los planetas exteriores? Comprenderás que nadie puede destruir un globo-sonda desde fuera de nuestro Sistema.

—Ya lo sé. Los hombres del equipo están en estos momentos investigando detalladamente los planetas exteriores a Marte.

—¿Quién vigila Júpiter?

—León.

—Perfectamente. De todas maneras, debéis manteneros tranquilos. Esa carga de materia negativa ha podido llegar hasta nuestro Sistema procedente de la destrucción de algún mundo lejano. Por ejemplo, de una «supernova».

—¡Ojalá sea así, Jacques!

Y después de una pausa:

—¿Está Christian contigo, Jacques?

El director frunció el entrecejo y volviéndose hacia su amigo:

—Ya lo he oído.

Se acercó al micrófono:

—¿Cómo estás, pequeña?

—Bien, Christian… No puedes imaginarte las ganas que tenemos todos de volver a la Tierra. Desde lo de esta mañana estamos verdaderamente aterrados…

—Tened mucho cuidado, Jossie… ¿Quieres que vayamos a por vosotros?

—No creo que sea necesario, al menos por el momento… Total, no faltan muchos días para que seamos relevados. ¿Sabes si Jacques sigue

empeñado en venir?

Christian lanzó una mirada de reojo al otro que, naturalmente, había oído las palabras de la muchacha y que asintió con la cabeza.

—¿Me has oído, Christian? —inquirió ella, que se había dado cuenta del silencio transcurrido desde que formuló la pregunta por primera vez.

—Sí, Jossie, te he oído perfectamente. Parece que Jacques sigue en sus trece.

—Está bien. Bueno, voy a despedirme de vosotros... Si hay algo nuevo, ya os lo comunicaré.

Jacques se adelantó en aquel momento:

—Escucha, querida; cuídate mucho; ya falta muy poco para vernos.

—Ya lo sé... Adiós, Jacques... Corto.

Pareció como si otras voces se oyesen en aquel momento. Y así fue, en efecto, ya que la aguda de Daniel dijo algo que los oídos de Jacques y su amigo no llegaron a percibir totalmente.

Avanzando decididamente hacia el micrófono, Christian, cuyo corazón se había puesto a galopar locamente, inquirió con voz ahogada por la emoción:

—¿Qué ocurre, Jossie? ¡Habla, por Dios!

Tardó bastante en llegar la contestación; en realidad, la voz de la muchacha llegó muy débilmente, como si algo dificultase la marcha de las ondas por el espacio:

— ¡León acaba de descubrir algo sobre la superficie de Júpiter! Voy al observatorio; luego os daré más deta...

Nada más se oyó; mejor dicho, la voz de la joven pareció ahogarse súbitamente entre un clamor cósmico que rugía como un poderoso trueno.

CAPÍTULO III

NO se dio cuenta Jossie, en realidad, de que la comunicación con la Tierra se había interrumpido. Siguió hablando unos segundos más y, después de despedirse, colgó el micrófono cerrando la clavija.

Estaba demasiado excitada para percatarse de la anormalidad que acababa de desencadenarse en el aparato de transmisión. León, a su lado, esperaba impaciente, así como los otros miembros del equipo, para trasladarse al observatorio.

Lo hicieron precipitadamente.

Sobre la superficie mate del espejo astronómico la redondeada forma de Júpiter se veía con una nitidez extraordinaria.

Se acercaron todos, adelantándose León:

—¿Ven ustedes estas zonas brillantes?

—Sí.

—Puedo afirmar, rotundamente, que no existían hace cuarenta y ocho horas. La última fotografía que tomé de este planeta mostraba estas zonas como las del resto de la superficie.

Miraron detalladamente hasta que Jossie:

—¿Qué puede ser esto?

—Es difícil adivinarlo; pero, de todas formas, podemos observar, con la cámara ultra-lenta, tal y como yo lo he hecho antes, que esta masa se mueve.

—Lo que quiere decir... —empezó a decir Daniel.

—...que se trata de algo «vivo» que se está desplazando en Júpiter.

Se quedaron callados, como si no fuesen capaces de expresar las confusas ideas que se habían precipitado bruscamente en sus cerebros.

Finalmente, Jossie, que, como de costumbre, llevaba la voz cantante, dijo:

—La situación se agrava por momentos. Ahora podemos explicar la destrucción de los aparatos de nuestro globo-sonda de una manera mucho más lógica que antes.

—¿Cree usted que desde Júpiter...? —empezó a preguntar León.

—No, Duprés; yo no creo que la destrucción de nuestros aparatos se haya hecho directamente desde Júpiter; lo que creo, cada vez con más fuerza, es que ha sido atacado desde algún aparato que ha sobrevolado Marte.

La verdad de las aseveraciones de la muchacha les dejó perplejos, sin poder decir nada durante un largo par de minutos; luego, Jossie, que seguía mirándolos intensamente:

—Hemos de preparar la marcha a la Tierra. El Quedarnos aquí supondría una verdadera locura. Sean quienes sean, «ellos» demuestran poseer armas contra las que nada podríamos...

León asintió con la cabeza:

—Así es. Creo que su solución, señorita Charpentier, es la más lógica.

—Preparemos entonces nuestra astronave; cuanto antes huyamos de aquí, mejor será. Cada momento que pasa, se agrava el peligro.

—¿No podíamos comunicar nuestra decisión a la Tierra? — inquirió entonces Ferdinand, que no había despegado los labios hasta aquel preciso instante.

—Me parece bien —asintió ella—. Usted mismo puede hacerlo; dígales que no hace falta que preparen la expedición que ha de venir a relevarnos» Que el peligro es demasiado próximo para poder perder el tiempo y que, desde luego, comuniquen al Gobierno cuanto acontece. Todos los Gobiernos de la Tierra deben conocer el peligro que corre nuestro mundo.

—Está bien; voy en seguida.

En cuanto Ferdinand desapareció, ella se dirigió a los otros:

—Hay que salir en seguida. Daremos un repaso general a la astronave e iremos cargando en ella todo el material que habremos de llevarnos. Síganme, por favor.

Un «tapis-roulant» los condujo hacia el ala Sur de la Estación, donde se hallaba, perfectamente conservada, la astronave que les había traído a Marte.

La pila atómica, destinada a servir de fuente impulsora a la astronave,

había sido desconectada y yacía aparte, no lejos del colosal aparato. Daniel se hizo cargo de la grúa y muy pronto estuvo la pila situada en el seno de la astronave.

Fue en aquel momento cuando Ferdinand penetró en el hangar como una tromba:

—No consigo poner el aparato transmisor en marcha,.. ¡Lo he intentado todo!

Jossie sonrió, merced a un poderoso esfuerzo de voluntad; luego, con una simpática sonrisa en los labios:

—Creo que nos estamos poniendo demasiado nerviosos y eso no es conveniente para ninguno de nosotros. Quédese aquí, Ferdinand; en cuanto hayamos probado la pila atómica y repasado la astronave, subiremos y veremos ese aparato de transmisión; debe ser una avería sin importancia.

Se pusieron a trabajar con entusiasmo y una hora más tarde ya estaba todo dispuesto para probar el mecanismo atómico de la astronave.

—Inicie la reacción en cadena, Daniel —ordenó la joven.

Obedeció Vautreil, pero muy pronto, después de intentar, durante varias veces, la reacción atómica capaz de poner en marcha la pila, volvió su desesperada mirada hacia los otros:

—No funciona —dijo con voz truncada por la emoción—. ¡No consigo hacerla funcionar!

Hubo un largo y prolongado silencio; luego, Jossie se dirigió hacia los mandos, que manejó con verdadera furia, pero con idéntico negativo resultado:

—Es verdad; la pila no marcha…

Ferdinand debía haberse callado, pero la pregunta fe quemaba los labios:

—¿No será la misma causa que impide que el aparato de comunicación funcione? —inquirió.

La muchacha se encogió de hombros; después de todo, la verdad debía ser dicha y conocida, cuanto antes mejor:

—Sí, creo que sí —repuso con voz alterada—; no puede encontrarse

una explicación más cierta; «ellos» nos están impidiendo que salgamos de Marte y volvamos a la Tierra…

¡Nos han inmovilizado en este planeta!

* * *

Las noticias llegaron a Europa con la misma confusión que fueron recibidas en América.

En realidad, en las primeras doce horas, todo el mundo, incluso los Servicios de Patrulla del Atlántico Norte, que eran los más interesados en el asunto, no llegaron a creer en lo que aquel piloto comercial había comunicado a la estación de radio de Nueva York.

«—¡Ese hombre debe haberse vuelto loco!», dijeron.

Y, en verdad, nadie podía dudar que el piloto de aquel avión se hubiese vuelto loco, porque sus informaciones estuvieron a punto de hacer perder la razón a una veintena de directores de Compañías navieras.

Pero cuando las noticias se fueron acumulando sucesivamente, ciento veinte aparatos, formando densas escuadrillas, salieron de los principales aeródromos europeos y estadounidenses, uniéndose a ellos otras formaciones más modestas que procedían de América Central y Meridional.

Al final de aquellas doce horas de locura colectiva, cuando los informes, firmados y rubricados, se fueron amontonando en las mesas de importantes personajes, las conclusiones fueron, en ambos continentes, esencialmente idénticas:

PRIMERO. — Mil ochocientos buques, de todas clases, entre los que se contaban más de doscientos superiores a las 50.000 toneladas, habían desaparecido misteriosamente en el Atlántico.

SEGUNDO. — Las aguas, en algunos sitios, parecían hervir de una extraña manera y los contadores Geiger, de los que estaban dotados los aviones que habían realizado la exploración, habían detectado, en algunos puntos, una radioactividad muy fuerte.

TERCERO. — Por parte alguna habían sido hallados restos de las naves, ni náufragos ni nada que pudiese demostrar que, antes de su desaparición, habían existido.

CUARTO. — Los Servicios de Meteorología de ambos continentes, así como los de otros puntos del Globo, que habían sido consultados, afirmaban rotundamente no haber tenido sospecha ni indicio alguno de ningún fenómeno que explicase tan misteriosa desaparición.

Aquellas fueron las conclusiones… y todo lo que se supo. Si no hubiese sido por la información extraordinaria que entregó a todos los Gobiernos del mundo, el de Francia, previamente reunido con Jacques, los hombres no hubieran sabido jamás que aquella desaparición masiva de barcos que, además de las cuantiosas pérdidas materiales, habían costado la vida a cerca de cuarenta mil personas, no era más que la iniciación de una amenaza que llegaba del Cosmos —nadie sabía aún desde dónde— pero que se perfilaba ya con la aureola terrible de aquella tragedia que, desdichadamente, no iba a ser la primera.

* * *

—Entonces… ¿es que no? ¿Te niegas?

Jacques movió la cabeza de un lado para otro.

—Lamento no poder acceder a lo que me pides, Christian; créeme que lo siento, pero no puedo proporcionarte el permiso que solicitas.

Dubon cerró los puños y contempló fríamente a su amigo.

Le dolía tremendamente que le rehusaran algo con lo que, no sabía exactamente por qué, contaba ya antes de venir a ver al otro; por eso, al recibir la rotunda negativa, se quedó como helado, sin saber por el momento lo qué decir:

Luego, cuando logró serenarse:

—Quiero que comprendas mis intenciones, Jacques… No deseo hacerme pasar por héroe, ni aparecer ante los ojos de Jossie como su maravilloso príncipe salvador, ˆo, puedes estar seguro de que no persigo eso…

La sonrisa que apareció en los labios de Jacques logró enfurecerle.

—¿No me crees, eh? Entonces tendré que hacerte una promesa, bajo palabra de honor: Prometo solemnemente desaparecer en cuanto haya regresado con Jossie; nunca he pensado utilizar estas dolorosas circunstancias para nada, pero creo que mi promesa te convencerá plenamente de la calidad de mis intenciones.

—No es eso, Christian; compréndeme, por favor. En estos momentos, cualquier intento de salir de la Tierra sería una verdadera locura. Yo no sé, ni deseo saberlo, tanto pánico me produce, conocer lo que ha podido pasar en Marte, aunque deseo de todo corazón que no haya pasado absolutamente nada. Ya sabes que era yo quien ansiaba ir en busca de Jossie y que me había prestado voluntariamente para relevar al equipo de nuestra Estación Experimental; pero, en las actuales circunstancias, no podemos exponer a nadie a que salga de nuestro planeta; sobre todo porque un intento de esta índole sería completamente inútil.

—¡Eso es lo que tú dices!

—No lo creas. ¿Sabes qué noticias se reciben de la Luna?

—No, ni me importan.

—Más que importarte, te aterrorizarán. Todas las Bases que los americanos habían establecido en nuestro satélite, hace ya más de medio siglo, han sido destruidas. Asimismo, los satélites artificiales y las estaciones del espacio se han evaporado como por ensalmo. Así como lo oyes.

—¡Eso no quiere decir que no nos podamos arriesgar para salvar a Jossie y a los muchachos de su equipo!

—No; sería un suicidio... que no quiero permitir a mi mejor amigo. Compréndelo, por favor...

—¿No será la envidia de un rival lo que te hace hablar así, Jacques? —acusó Christian.

—¿Por qué me hablas así?

—¡Porque te conozco! Bajo esa capa de bondad hipócrita, has guardado siempre un extraño complejo de inferioridad, porque nunca has estado seguro de que si Jossie te eligió por ti mismo o por la importancia de tu cargo en el Instituto, cosa que pudo cegarla

momentáneamente.

Jacques miró con severidad a su amigo.

—Eso es una terrible estupidez, Christian.

—Puede que sí; de todas formas, te ruego que admitas mi dimisión inmediata. Ya sé que no puedo contar contigo para nada; pero no es imposible que otros me permitan salir de la Tierra rumbo a Marte. ¿Has oído hablar de los «V.E.»

—No.

—Se están formando en Alemania y España. Se llaman «Voluntarios del Espacio» y están dispuestos a oponerse, sea como sea, a una invasión de nuestro planeta.

—¡Quimeras, amigo; vanas quimeras!

—Es posible; pero ellos desean hacer algo ante la amenaza que se cierne sobre el mundo.

—¿Vas a enrolarte en esos «Voluntarios del Espacio»?

—Sí.

Jacques sonrió cínicamente.

—Te deseo mucha suerte, amigo mío. Es lo único que puedo hacer por ti.

Christian no contestó y salió de la estancia dando un formidable portazo.

Una vez en la calle, anduvo de un lado para otro, dejándose llevar por el caudal de ideas que desembocaba brutalmente en su mente.

Estaba completamente seguro de que Jacques le había impedido el salir de la Tierra en una de las maravillosas astronaves del Instituto Astrofísico porque temía que Jossie comprendiese la diferencia de sentimientos que albergaban ambos corazones.

¡No importaba!

Verdad era que los aparatos de que podían servirse los «Voluntarios del Espacio» no serían jamás tan potentes ni tan perfectos como el que Jacques podía haber puesto a su disposición; pero, de todas formas, lo

importante era intentar algo, salir de aquella situación de espantosa espera y volar hacia Jossie, aunque hacerlo no fuese —según las palabras de su amigo —más que un estúpido e inútil suicidio.

Ni se preocupó en ir a su habitación en la residencia de los alrededores de la ciudad, donde se albergaban casi la totalidad de los hombres de ciencia que colaboraban en el Instituto.

Tenía prisa.

Se dirigió pues a una agencia de viajes donde Se fue extremadamente fácil encontrar una plaza para uno de los aviones que salían para Berlín.

Deseaba alejarse cuanto antes de París, poner la mayor distancia posible entre un presente incierto, pero que le pertenecía por completo, y un pasado en el que estaba seguro de haber cometido crasos errores.

Casi no se dio cuenta del poco tiempo que transcurrió en el vuelo y cuando la amable azafata le indicó que habían llegado, abrió los ojos, sorprendido, como si ya hubiese empezado a vivir en el ambiente de irrealidad que, sin duda alguna, le esperaba en la fabulosa aventura que iba a emprender.

Si hubiese sabido, en aquel preciso instante, a dónde le llevaría su decisión de ir a buscar a Jossie y sus colaboradores, lo hubiera pensado algo más; aunque en realidad su amor por la muchacha era un incentivo demasiado fuerte para que pudiese jugar, en pro o en contra, su voluntad dominada por el deseo de verla.

No le fue tampoco excesivamente difícil, una vez llegado a Berlín, encontrarlas oficinas de «Los Voluntarios del Espacio».

Los periódicos anunciaban grandes medidas de precaución, pero recomendaban incesantemente tranquilidad y sangre fría, asegurando que el peligro no era, por el momento, tan grave como se había pensado en un principio.

Christian sonrió tristemente.

La inmensa mayoría del público desconocía por completo la clase de peligro que se avecinaba, ya que, a pesar de las muchísimas revistas de divulgación que corrían por el mundo, la teoría atómica y sus complejos misteriosos eran, aún, campo cerrado para la inmensa mayoría.

Un taxi le dejó ante las oficinas que buscaba, un edificio grisáceo y sucio sobre el que ondeaba una bandera azul donde se había pintado una astronave en pleno vuelo.

Guiado por uno de los individuos que le recibió a la entrada, el Joven fue introducido en un despacho, tras el que se hallaba sentado un hombre de unos cuarenta años de edad, macizo de cuerpo, ancho de espaldas y de cráneo calvo y francamente braquicéfalo; una cabeza realmente germana, sin ningún género de dudas.

—Es usted el primer francés que se ha presentado y por eso le he hecho venir a mi despacho. Soy Hans Loffen, el jefe de los «V.E.».

—Me llamo Christian Dubon, señor.

—Llámeme comandante; es mi grado.

—Perfectamente, comandante.

—¿Qué profesión tiene usted?

—Soy profesor.

—¿Profesor?

—Sí; pertenezco al grupo de profesores encargados del Instituto Astrofísico de París.

Loffen le miró con sorpresa:

—¿Cómo? ¿Quiere usted decir que trabaja a las órdenes del profesor Lenoir?

—Soy su primer ayudante.

—Comprendo. Ustedes fueron los que dieron la alarma... ¿Puedo preguntarle el motivo que le impulsa a alistarse a las fuerzas a mis órdenes?

—Sí, comandante. Deseo llegar a Marte para hacer lo posible por salvar a los miembros de la Estación Experimental; ellos han sido los que nos han comunicado el peligro que se cierne sobre el mundo.

—¡Ir a Marte! Según he oído, no pasan de dos docenas las personas que estuvieron allí...

—Yo fui una de ellas.

—¿Usted ha estado en Marte?

—Sí, comandante. Fui, personalmente, quien dirigió los trabajos de instalación de la Estación Experimental; luego, cuando llegaron los que habían de ocuparla, regresé a la Tierra,

—¡Formidable! ¡Sí, señor, formidable! ¡No puede imaginarse, señor Dubon, So que me alegra que haya venido! Con usted; con sus conocimientos, nuestra labor no será ya tan imprecisa como temía que lo fuese. ¡Queda usted nombrado mi ayudante desde este mismo instante!

—Muchas gracias, comandante.

—Vamos a salir muy pronto y ya que le tenemos a usted entre nosotros, cosa que sigo considerando como una verdadera fortuna, usted será quien dirija la marcha; yo, pobre de mí, no he estado más que dos veces en la Luna, las dos invitado por las autoridades americanas de ocupación en el satélite...

Y después de una corta pausa:

—Tampoco conozco mucho del peligro que nos amenaza. Tenemos cinco astronaves y con ellas pensaba oponerme a la llegada de navíos del espacio enemigos... ¿Cree usted que lograremos algo?

—No lo sé, comandante; pero, lo más importante sería impedir que «ellos», sean quienes fueren, lleguen hasta la Tierra. No sé si voy a decir una barbaridad, pero los presuntos invasores prefieren, a mi modo de ver, destruir todo lo existente antes de llegar hasta aquí; por eso, precisamente por eso, SI NO LOGRAMOS DETENERLOS FUERA DE LA TIERRA Y ANTES DE QUE LO DESTRUYAN TODO... NUESTROS ESFUERZOS SERAN COMPLETAMENTE INUTILES...

CAPÍTULO IV

CON las frentes perladas por el sudor; con los ojos desmesuradamente abiertos, tomando un real contacto, por primera vez, con la esencia del peligro que acababan de descubrir, los hombres del equipo miraron fijamente a Jossie qué, como elfos, sentía latir frenéticamente

su corazón.

Se miraron los unos a los otros.

Y, aunque en realidad no sentían miedo personal ante un peligro que hubiese sido natural, experimentaban un terror pánico ante lo desconocido. Hubiesen preferido, esa era la verdad, ser destruidos por la «antimateria»; ser reducidos a corpúsculos por los antiprotones… morir, veloz y rápidamente.

Porque la muerte se les antojaba, como una especie de liberación que, por lo menos, les ahorraría las horas de angustia que iban a venir; horas espantosas, indecibles, espeluznantes…

Durante muchos años, escritores y dibujantes habían vertido los productos de su imaginación creando, a su manera, las criaturas que poblarían los planetas que por aquel entonces estaba fuera del alcance de la Humanidad terrestre.

Luego, cuando las maravillosas astronaves surcaron el espacio, cuando los medios de observación se hicieron infinitamente poderosos, cuando, finalmente, se llegó a la científica conclusión de que el Sistema Solar estaba completamente deshabitado, excepto la Tierra, cesaron las quimeras de los artistas y las atrevidas y fantásticas hipótesis de los escritores.

Pero, ahora…

No se trataba de seres concebibles, monstruosos, sino de los habitantes inteligentes —súper inteligentes— de una alejada constelación; de criaturas que llegaban, armadas de poderosas armas, desde EL OTRO LADO DEL VACIO… Allí donde la mente no podía ni atreverse a concebir fuera del campo de las matemáticas.

Mientras se trataba de marcianos, venusianos, jovianos o saturnianos, por muy raros y extraños que fuesen, la mente humana les concebía un poco como «vecinos», hasta como «hermanos» o «parientes lejanos» de un mismo Sistema, al que alumbraba y daba vida el mismo Sol; pero, en este caso, cuando la amenaza llegada de más lejos, de donde la luz, con su fantástica velocidad de 300.000 kilómetros por segundo, tardaba cuatro años en llegar, ninguna mente se atrevía a hacer cábalas, porque la locura hubiese sido el único resultado obtenido.

«Ellos»…

Se había utilizado mucho aquella sobada palabra, en los últimos

cincuenta años, para designar a los fantásticos e irreales pobladores de los vecinos planetas de la Tierra.

Pero sólo ahora, cerca al misterio espeluznante que se acercaba a pasos agigantados, podía emplearse en su verdadero y desconocido sentido.

«Ellos»...

«Ellos», poseedores de técnicas tremendas, dominadores de la «materia negativa», surcadores triunfantes de un espacio que daba vértigo concebir: «Ellos» se acercaban a un mundo que, sin duda alguna, debían conocer perfectamente, por medios casi inconcebibles, ya que habían determinado la previa destrucción de los humanos para apoderarse, al hacerlo de la Tierra, único baluarte de defensa, de todo el Sistema Solar.

¿Por qué habían llegado hasta allí?

¿Qué se proponían apoderándose de unos cuantos planetas?

¿Cómo habían conocido su existencia y pensado en su agrupación?

Y sobre todo. ¿Quiénes eran «Ellos»?

Preguntas, cientos, miles de preguntas que tanto Jossie como sus colaboradores hubiesen deseado conocer en aquellos instantes; preguntas que ansiaban responder desde todos los puntos de vista; pero, sobre todo, para poder pensar en la manera de evitar que la hermosa civilización humana, que tantos siglos de esfuerzo había costado, desapareciese de la manera más estúpida, más inconsciente y absurda que se podía concebir.

—«Ellos» no desean que huyamos —repitió la muchacha.

—No hay duda alguna de que es así —agregó Daniel—. No nos queda otro remedio que esperarlos y defendernos, hasta donde sea posible, de sus destructivos propósitos.

Una carcajada, tan inesperada como inoportuna, se dejó oír:

Todos se volvieron hacia Ferdinand, que había sido el autor de aquella impropia nota.

—¡No me miren así! ¿Qué otra cosa puede hacer un hombre sensato que reírse a carcajadas al oír hablar de defensa? Un pequeño haz de

«materia negativa» ha destruido los aparatos del globo y, sin ningún género de dudas, los motores atómicos de nuestra astronave. En el momento en que «Ellos» deseen hacernos polvo, convertirnos en energía, no tendrán más que enfocar uno de sus malditos aparatos hacia aquí... ¡Y aún Daniel se atreve a hablar de defensa!

Hubo un corto silencio; luego Jossie, dándose cuenta de que se necesitaba urgentemente su opinión:

—Lo que acaba de decir Leclerc es verdad; pero, ¿qué medida puede proponernos? ¿Qué quiere que hagamos, sino prepararnos para defendernos, aunque eso parezca imposible? Tengo la responsabilidad de este equipo de observación y creo que puedo ordenar...

Una nueva carcajada, más fuerte que la anterior, cortó bruscamente la frase de la muchacha.

De nuevo era Ferdinand quien había reído de aquella manera.

Pero ahora, su risa murió velozmente en sus labios; sus ojos brillaban peligrosamente y su diestra empuñaba una pistola que apuntaba decididamente a todos los del equipo.

—¡No sueñes más, monada! Hasta ahora te hemos soportado por la fuerza de las circunstancias. Eras el jefe y a ninguno de nosotros nos preocupaba un comino que lo fueses; después de todo, antes de un par de semanas estaríamos de regreso en la Tierra y todo se habría terminado. Pero ahora, cariño, las cosas han cambiado bastante, y yo, por lo menos, no estoy dispuesto a escuchar la charlatanería de una mujer de la mañana a la noche. Si tenemos que defendernos o tratar con los que llegarán de un momento a otro, debe ser un hombre quien ostente el mando... ¿Qué idea se harían ellos si nos encontrasen sometidos a la férula de una mujer? Estimo que ha llegado el momento de colocarte en tu sitio, monada.

Jossie estaba ciertamente aterrada.

Hasta entonces, desde los lejanos días de su licenciatura, se había acostumbrado a considerar a los hombres como iguales y hasta, en ciertas circunstancias, puramente intelectuales, a creerlos sinceramente inferiores a ella. Y en esa idea había gobernado la Estación.

Ahora, de cara a la realidad, se daba cuenta de que había jugado con fuego, porque, de todos los presentes, exceptuando naturalmente a Ferdinand, era la única en darse cuenta de lo que significaba e! brillo

que lucían las pupilas del rebelde.

—Soy el jefe y espero que no os hagáis ilusiones respecto a un imposible desquite. Al darme cuenta me apoderé de las armas, que he encerrado convenientemente, guardándome esta pistola porque sabía que la iba a necesitar. No hace falta que diga que dispararé fríamente contra el primero que intente alguna mala jugada. A la altura en que estamos, igual dan cuarenta que ochenta... Si alguno de vosotros tiene miedo de «Ellos» y desea morir cuanto antes no tiene más que dar un paso al frente...

—¡Canalla! —rugió Daniel adelantándose hacia Ferdinand, dominado por la ira.

No pudo terminar de dar e! paso que ya había iniciado; la bala le penetró por la cabeza y se desplomó pesadamente, empezando a inundar de sangre el suelo de plástico.

Jossie lanzó un doloroso sollozo.

—Ya os he advertido —dijo fríamente Leclerc—, Este estúpido no quiso creerme o quizá le pareció mejor morirse, aunque, en realidad, puede ser que haya cometido una tontería. A lo mejor se ha evitado un final peor...

León y la muchacha permanecían mudos, contemplando con horror el cadáver de su camarada:

—Haremos lo que usted mande —dijo finalmente ella—. A partir de este momento usted es el jefe.

—Así me gusta, preciosa —repuso cínicamente Ferdinand—. Aunque creo que ahora ya podemos tutearnos. ¿Para qué andar con convencionalismos?

Ella no dijo nada, pero asintió con la cabeza.

Deseaba, antes que nada, evitar que León cayese bajo las balas de aquel asesino; la sola idea de quedarse sola con Ferdinand le hacía estremecerse de horror.

Se espantó ante el pensamiento de que deseaba la llegada de los que amenazaban el mundo; después de todo, si la muerte debía llegar con «Ellos», nunca sería peor que lo que podía leer en las ardientes pupilas del asesino.

—Quiero deciros una cosa —dijo Leclerc—. He pensado mucho y estoy casi completamente seguro de que «Ellos» no desean nuestra muerte.

—¿Qué es lo que te hace pensar así? —inquirió León ya mucho más tranquilo.

—El que sigamos con vida. «Ellos» podían habernos aniquilado en un abrir y cerrar de ojos; pero, en realidad, se han limitado a destruir nuestros medios de evasión. ¿No os dice nada esa manera de comportarse?

—Es posible, pero no llego a entenderte.

—Sin embargo, está claro como el agua; al obligarnos a quedarnos aquí. «Ellos» demuestran, de una manera evidente, su interés por nosotros.

—¿Qué clase de interés?

—Eres muy duro de mollera, León. Es natural que «Ellos» se hayan sorprendido al ver que estábamos en Marte. Al mismo tiempo, «Ellos» tienen una oportunidad formidable de «ver» y «conocer» a los pobladores de la Tierra. Es natural que esos seres, que no hay duda que son inteligentes, deseen conocer cómo somos. Por eso, sencillamente por eso, NQ NOS HAN HECHO DAÑO ALGUNO, limitándose a destruir los medios que teníamos para evitar que nos viesen.

Por primera vez, desde que aquel asesino se había hecho dueño de la situación, Jossie experimentó una alegría íntima; así, con voz tranquila, dijo:

—Creo que tienes razón, amigo. Lo peor es que no has pensado que la curiosidad de esos seres, que no tardarán en llegar, puede serian científica que llegue hasta la VIVISECCION...

Ferdinand palideció intensamente. Ciertamente, en aquello no había pensado.

No, no lo había pensado, y ahora, ante la idea de que los misteriosos seres hiciesen experiencias sobre su cuerpo, sin preocuparse de los dolores y angustias que podía pasar, se estremeció de horror.

Iba a decir algo, forzando una sonrisa que más parecía una mueca, cuando un silbido agudo se dejó oír a través de los megáfonos que

estaban situados fuera de la Estación Experimental.

Como un solo hombre, los tres corrieron al amplio ventanal, pegando sus rostros a la superficie del plástico transparente desde donde se divisaba el exterior.

Una extraña esfera metálica acababa de posarse a menos de un kilómetro de la Estación.

—¡Ya están ahí, Ferdinand! —exclamó la joven—. ¡Ojalá no te arrepientas nunca del crimen que has cometido!

* * *

Las astronaves estaban preparadas…

Graves noticias se habían producido en las últimas doce horas; noticias que fueron comunicadas gracias a los teléfonos y los cables submarinos, ya que tanto la radio como la televisión y la telegrafía sin hilos habían dejado de funcionar desde el día anterior.

Radiaciones perturbadoras cruzaban la atmósfera terrestre haciendo imposible la utilización de los aparatos de transmisión; de todas formas, la tremenda destrucción de Nueva York se extendió, como un reguero de pólvora, por todo el Globo.

¡La destrucción de Nueva York!

Hubiese sido mejor hablar de la «evaporación» de la fabulosa ciudad. Los primeros relatos que llegaron fueron lo bastante confusos y hasta contradictorios para que se llegase a pensar que se exageraba un poco.

Pero, cuando los informes fueron concretándose, cuando en América empezaron a circular las primeras fotografías, un estremecimiento colectivo llevó el pánico por doquier.

La ciudad había desaparecido.

Así como se dice desaparecido.

Pero no se trataba de una desaparición como la que hubiera logrado la explosión de una de las terribles armas nucleares descubiertas por la Humanidad, sino que aquella «desaparición», en el más amplío sentido

de la palabra, no había dejado ni ruinas, ni restos informes, ni, en total, muestra alguna de que la ciudad había sido una realidad, una hermosa realidad en la que vivían dieciocho millones de seres humanos.

Tierra, tierra removida, pulverizada en gran parte; pero, de los edificios, de la gente, de todo lo que había construido o creado allí... NADA, ABSOLUTAMENTE NADA.

Ni el menor rastro, ni la más mínima huella.

El pánico cundió a todas las demás grandes ciudades del orbe y una migración fabulosa, la más espantosa de la Historia, empezó al inclinarse la huida de los aterrorizados humanos hacia los campos, las montañas, las minas abandonadas o no, las selvas impenetrables.

Se cubrieron los caminos, las carreteras, las autopistas, los senderos, los vericuetos y las sendas de un verdadero río humano que huía hacia donde creía encontrar si no paz, al menos relativa tranquilidad. Y todas las miradas se elevaron al cielo de donde les llegaba, por los misteriosos caminos de la Física, el castigo más horrible que hubiese podido concebirse.

En el espaciódromo de Berlín, un Berlín casi totalmente abandonado, las cinco astronaves de los «Voluntarios de! Espacio» rugían ya y sus turbinas atómicas lanzaban llamaradas rojizas por sus toberas.

En el interior de la que ocupaba el primer lugar en la pista de lanzamiento, el comandante Loffen, a cuyo lado estaba sentado Christian, se preparaba a dar la salida.

—Creo que nuestro plan es el mejor —dijo sonriendo—. Nos posaremos en la Luna, lo suficiente para que nuestros motores descansen un poco y saldremos inmediatamente hacia Marte. ¿Qué le parece?

—Perfecto, comandante. Pero, de todos modos, haremos lo posible por llegar al planeta rojo de noche. Lo que contó Jossie nos hace suponer que «Ellos» poseen medios de observación formidables. Piense qué potencia han de tener sus fabulosos telescopios para haber destruido a Nueva York desde la tremenda distancia a que se encuentran aún.

—Lo comprendo, señor Dubon. Haremos lo imposible porque no se den cuenta de nuestra maniobra. Lo que no dejo de pensar, sin embargo, es que no lograremos mucho en este intento.

—Eso es lo que nadie puede afirmar, comandante —repuso el otro firmemente—. Lo importante es llegar a tiempo para establecer contacto con el equipo de la Estación. A estas alturas, deben conocer bastantes cosas sobre los misteriosos invasores y sus conocimientos pueden servirnos de mucho. Ya comprendo —añadió con una triste sonrisa a flor de labios que no podemos hacernos demasiadas ilusiones. Nuestros medios son ridículos ante los que posee el enemigo; pero a pesar de eso, nunca se sabe lo que nos reservará el futuro y si, con un poco de suerte, no hallaremos algún punto débil en los que intentan destruirnos. No importa que se trate de seres muy evolucionados intelectualmente y que dominen la física atómica como han demostrado conocerla… Todos los seres tienen su talón de Aquiles, y si sabemos hallarlo y atacarles por ese punto, es posible que nuestros locos esfuerzos no sean del todo vanos…

— ¡Dios le oiga, señor Dubon!

Calláronse y Loffen, tras echar una ojeada a los aparatos, comprobó que Sos motores estaban ya dispuestos. Hizo una seña a las astronaves que tenía al lado y oprimió el botón que lanzaba los corpúsculos desintegradores directamente sobre el uranio de los motores.

Un rugido poderoso estremeció la astronave; luego, al tiempo que entraban en juego los mecanismos internos de «antiaceleración» y los giróscopos de gravitación, el aparato salió por la pista de lanzamientos, ascendiendo como una flecha hacia la negrura impresionante del espacio.

Allá arriba, en el firmamento, las estrellas seguían temblando, con su luz incierta, mudos testigos de una hazaña colosal en la que un puñado de valientes intentaban detener la marcha de un fabuloso destino cósmico; un destino que parecía condenar irremisiblemente el mundo que había sido creado para ellos…

Después de atravesar, a una velocidad fantástica, la zona de atracción de la Tierra, el comandante suprimió la marcha de los motores, dejando paso libre a la aceleración obtenida.

Dos horas más tarde, al leer en los aparatos de a bordo que la astronave penetraba en la zona de atracción gravitatoria de la Luna, Loffen puso en marcha los motores de proa para frenar la caída, como así lo hizo impecablemente, hasta que los trenes de aterrizaje, se posaron, blandamente, sobre las abandonadas pistas de los espaciódromos que los americanos habían construido allí cincuenta años antes.

CAPÍTULO V

SE quedaron como helados, con los rostros apoyados en la superficie de plástico y los ojos desmesuradamente fijos en la esfera plateada que acababa de posarse no lejos de la estación.

Comprendían perfectamente que había llegado el momento crucial de la realidad y que todas las palabras sobraban en aquellos momentos.

¡«ELLOS» ESTABAN ALLI!

La esfera se había detenido, pero nada se veía en ella que demostrase el estar ocupada por seres...

—¿No será una monstruosa bomba?

Las palabras de León hicieron que los otros dos se estremecieran hasta lo más hondo de su ser, ya que bien podía ser que aquella hipótesis fuese una horrible realidad y que «Ellos», deseosos de terminar de una vez con las molestas criaturas humanas, hubiesen lanzado un artefacto horrible que podía estallar de un momento a otro...

Pero, por fortuna, una parte de la esfera se oscureció, dando la impresión de que se había abierto una especie de puerta.

¡LOS VIERON POR PRIMERA VEZ!

Todavía les era imposible distinguirlos bien, pero lanzaron un suspiro de satisfacción al verlos moverse, desde lejos, en posición erecta, como seres bípedos.

¿Quién sabía si no serían semejantes a los terrícolas?

Siempre, a pesar de que dos criaturas hayan nacido separados por millones de millones de kilómetros, al otro lado del espacio, puede tenerse la ilusión de que al ser semejantes sea factible entenderse, pues no puede concebirse que dos criaturas iguales o parecidas físicamente puedan ser diametral- mente opuestas.

—¡Andan como nosotros! —exclamó Jossie sin poder contener su alegría.

—Eso es estupendo —corroboró León—; con un poco de suerte, les demostraremos que lo que están cometiendo es un error tremendo.

—Esperemos que así sea… — rezongó Leclerc.

Por el momento, los misteriosos ocupantes de la esfera permanecían junto al aparato y según pudieron vislumbrar los del equipo de la Estación Experimental, eran en número de cuatro, todos ellos, aparentemente, gordos y no excesivamente altos.

Empezaron a caminar hacia la estación.

Algo había, a pesar de su apariencia humana, al menos desde lejos, que «parecía» extraño.

Por el momento y debido a la distancia que les separaba de ellos, los humanos no podían explicarse aquella rara extrañeza que les producían las siluetas lejanas y poco visibles.

Pronto salieron de dudas.

El primero en ver algo, debido a fa agudeza de su aparato visual, fue León que, sin poderlo evitar, lanzó un grito de desagradable sorpresa:

—¡Oh —exclamó—, pero si tienen varios brazos!

Jossie se estremeció; luego, con voz débil:

—¿Está usted seguro, Duprés?

Después, tras unos segundos de denso y emocionante silencio:

—¿Cómo tienen el rostro? —inquirió nuevamente la muchacha.

—Todavía no puedo verlos, pero estoy casi seguro de lo que he dicho antes; tienen varios brazos; muchos, según parece… Muy delgados y que no están terminados en manos y dedos como los nuestros…

Jossie prefirió cerrar los ojos.

Su imaginación trataba locamente de aunar los detalles horrorosos que iba dando León, ansiando componer una figura concebible, pero no le era posible, en modo alguno.

Apretó los párpados con fuerza y permaneció quieta, en espera de las palabras de su compañero que, paradójicamente, deseaba y temía al mismo tiempo.

—Ya están más cerca —oyó decir al odioso Leclerc—. Tenías razón, León: tienen varios brazos delgados y completamente negros.

Hubo otro silencio.

Jossie oyó los latidos de su corazón, sin ritmo, golpeando caprichosa y fuertemente el interior de su pecho.

Luego, repentinamente, la voz de León volvió a sonar:

— ¡Santo Dios! ¡Si parece imposible!

La joven detuvo su respiración; la angustiaba oprimía como un cepo de acero.

Lo que más le maravilló fue el oírse preguntar:

—¿Qué ocurre, Duprés?

Al mismo tiempo cerró con más fuerza los ojos, hasta hacerse daño en los párpados, como si desease, a toda costa, que la imagen que se acercaba no penetrase en su conciencia.

La voz de León sonó temblorosa, inequívocamente afectada por la emoción que debía haberse apoderado del joven:

—¡Es horrible…! ¡SON INSECTOS!

Fue tan tremenda la reacción de Jossie que, sin poderlo evitar, abrió los ojos, repentinamente, mirando hacía las extrañas criaturas que se acercaban y… sin poderlo evitar, lanzó un grito de horror que la sobrecogió profundamente. ¡Sí, ERAN INSECTOS!

Insectos que poseían, aproximadamente, la altura de un hombre, que andaban sobre su tercer par de patas y cuyas espaldas estaban cubiertas de oscuros caparazones que, a la luz del sol, brillaban con reflejos azulados.

Eran coleópteros, repugnantes escarabajos, con sus rostros demoníacos y sus largas antenas en constante movimiento.

El tercer par de patas, debido a la marcha erecta, que los hacía parecer más monstruosos, estaba más desarrollado que los otros dos pares que, sin duda alguna, les servían de manos.

Al acercarse más y más, los detalles de sus cuerpos iban siendo mucho más visibles y así, sin poder apenas respirar del terror que sentía,

Jossie fue viendo el picudo y córneo rostro, las feroces mandíbulas articuladas, el vientre peludo, los delgados brazos, que parecían truncados en sus articulaciones y el tremendo caparazón que los hacía marchar lentamente con un movimiento de balanceo que, en otras circunstancias, no hubiese dejado de tener cierta gracia.

— ¡Dios nos asista! —exclamó León a su lado. Esto... esto es peor de todo lo que podía haber imaginado.

Ella, sin saber exactamente por qué, se volvió para mirar a Ferdinand de reojo.

El asesino tenía la frente perlada de sudor, los ojos brillantes y la piel del rostro de un feo color cerúleo.

Volvió la mirada hacia ella.

Había tanto miedo en aquellas pupilas que Jossie, sin poderlo evitar, experimentó una especie de conmiseración por aquel desgraciado; pero, éste, que debía haber leído en los ojos de ella el Insoportable sentimiento, levantó velozmente la mano golpeándola brutalmente el rostro.

—¿Por qué has hecho eso, cobarde? —inquirió León—. ¿Es que no tenemos bastante con esos monstruosos insectos?

Leclerc le amenazó con su arma;

—¡Cuidado, loco! No creas que me importa que esos asquerosos bichos estén ya tan cerca; si avanzas un solo paso, te dejo seco...

Y después, con una sonrisa diabólica:

—¿Sabes por qué he abofeteado a esta estúpida presumida? Porque deseo que ellos se den cuenta de que el que manda aquí soy yo...

Los seres del otro lado del espacio se habían detenido a media docena de metros de la estación, cuya cúpula era fa única cosa que sobresalía del suelo, ya que el resto estaba completamente enterrado en el subsuelo de Marte y miraban, con sus grandes ojos redondos, a las tres criaturas de aquel mundo que deseaban poseer.

Sin dejar de apuntar a sus dos compañeros con la pistola, Ferdinand señaló a las palancas que abrían la puerta.

—¡Abridles! —ordenó—. Son nuestros huéspedes de honor y deben ser

recibidos como tales.

Soltó una frenética carcajada y Jossie le miró como si temiese que hubiera perdido la razón:

—¡Pero, Leclerc! ¿Es que has olvidado que ahí afuera no hay atmósfera buena para nosotros?... ¡El gas metano nos matará! ¡Has debido volverte loco!

—¡No te creas tan lista, preciosa! He dicho que abráis los compartimentos estancos. Cuando esos... «señores» penetren en ellos, abrid las puertas interiores.

No, por el momento no había perdido del todo la razón.

León obedeció prestamente y las extrañas criaturas debieron comprender perfectamente que se les brindaba la entrada, pues avanzaron calmosamente, meciéndose sobre sus cortas patas posteriores...

Nada más penetraron en el compartimento estanco, León cerró las puertas exteriores y abrió las interiores. El brusco cambio, de una atmósfera rica en metano a otra rica en oxígeno no pareció molestar a aquellas criaturas.

Penetraron en el salón.

Antes que nada, al atravesar el umbral de las puertas interiores, lanzaron una mirada en derredor suyo mientras movían vigorosamente las antenas; luego clavaron sus ojos redondos e inexpresivos en los humanos.

Jossie se dio perfectamente cuenta de lo crucial de aquel momento.

Era, en realidad, mucho más trascendental de lo que parecía, ya que se trataba del encuentro de dos mundos distintos, del primer contacto entre dos distintas concepciones de la vida...

Permanecieron en completo silencio mientras los «insectos» movían frenéticamente las antenas.

—Deben de estar comunicándose entre ellos —musitó Jossie.

—Seguramente —repuso León—. No creo que tarden en intentar comunicarse con nosotros.

De repente, uno de ellos avanzó dando un rodeo y acercándose al

cadáver de Daniel, que todos parecían haber olvidado, lo examinó detenidamente; luego, tan lentamente como había avanzado, volvió junto a sus compañeros moviendo velocísimamente las antenas.

Pasaron unos cuantos minutos sin que aquellos seres se dignaran volver a mirar a los humanos.

Era indudable que se consideraban completamente dueños de la situación y que no parecían tener prisa alguna por entrar en comunicación con aquellos seres que debían haberse dado cuenta de su situación de inferioridad ya que les habían abierto incondicionalmente las puertas de su fortaleza.

Momentos más tarde, uno de los «insectos» avanzó decididamente hacia Ferdinand…

* * *

París, como la totalidad de las grandes y medianas ciudades del mundo, estaba completamente desierta.

Doce horas antes, Londres, de la misma forma que Nueva York, se había evaporado súbitamente...

Por fortuna, sólo medio centenar de hombres voluntarios que habían permanecido para custodiar los tesoros nacionales ante el pillaje, habían perecido, desapareciendo tan misteriosamente como las casas, las calles, el «Metro» y cuanto se hallaba en la ciudad.

Un Estado Mayor Mundial se había reunido, precipitadamente, en las llanuras de Pomerania para estudiar la situación y facilitar los medios de defensa ante aquel peligro inconcreto, oscuro y terrible que amenazaba con destruir totalmente el mundo.

Gracias al sacrificio de los jefes militares, que habían tomado las riendas del poder en cada región geográfica, la alimentación, aunque insuficiente, estaba, por el momento, garantizada y las masas tremendas de gentes que se concentraban en las montañas, en los bosques y en los valles podían recibir las raciones precisas para subsistir.

Equipos de héroes habían vuelto a las ciudades, en autos, camiones y

helicópteros para rescatar todo el material necesario para montar hospitales, fábricas y talleres que pudiesen ayudar a la Humanidad emigrante en su nuevo estado.

Nunca como hasta entonces, ante un peligro colectivo, que no perdonaba diferencias sociales o raciales, habían estado tan unidos los hombres que, saltándose las fronteras y poseídos de un sentido de universal hermandad, acudían presurosos en ayuda de los débiles en cualquier lugar que éstos se hallasen»

Gracias a aquellos hombres y al interés general por algo tan importante como el Instituto Astrofísico, dotado de un maravilloso observatorio, capaz de vigilar el cielo, por donde esperaba la llegada de los invasores, pudo Jacques trasladarse tranquilamente a un apacible lugar del Macizo Central francés, no muy lejos de la ciudad y balneario de Vichy.

Allí se montaron los colosales aparatos, tres días antes de que París, al mismo tiempo que Berlín, desapareciesen destruidos por la «materia negativa» que llegaba del espacio.

Jacques no era feliz.

En realidad, le importaba muy poco el destino de una humanidad que parecía haber dejado de idolatrar a lo que amaba entrañablemente semanas antes.

Lo que le ocurría a Jacques era que ya no era como antes, el ídolo de los periódicos, de las emisoras de radio y televisión. Habían pasado los momentos en que la noticia enviada por Jossie le había convertido en una especie de héroe que habla prevenido al mundo del mayor peligro que éste había atravesado.

Por un momento, Lenoir se creyó algo de universal importancia y su carácter, predominantemente egocéntrico, se veía ahora herido al verse tratado como cualquier otro ser humano. Hasta sus colaboradores parecían haber olvidado el primerísimo papel que jugó en la notificación, a los gobiernos del mundo, del peligro anunciado por la Estación Experimental de Marte. La Humanidad se había unido sólidamente ante el peligro y olvidó muy pronto lo que era superficial, ficticio, inútil, limitándose a mirar la realidad con los ojos muy abiertos y prepararse, con la mejor voluntad del mundo, a defenderse cuando las astronaves enemigas se posasen definitivamente sobre la Tierra.

No puede saberse lo que hubiese sido de Jacques sin la visita de aquel

misterioso personaje que se personó en el despacho del director del Instituto; un despacho montado en una simple cabaña, en pleno bosque y no muy lejos del hangar donde se ocultaba el telescopio gigante que había sido penosamente trasladado desde París.

El recién llegado era bajo, achaparrado, de amplias espaldas y cabeza descomunal, con una amplísima frente y unos ojuelos azules que brillaban intensamente detrás de los gruesos cristales de sus lentes, montados al aire.

—¿Es usted Jacques Lenoir? —inquirió nada más entrar.

—Sí.

Y como se imponía su propia presentación, el visitante hizo una pequeña reverencia con la cabeza:

—Me llamo Winston Barton y, hasta hace muy poco, era el director de la «Space-craff» de Londres.

—Me parece recordar su nombre, señor Barton. Si mal no recuerdo, usted construyó las astronaves para nuestro instituto.

—¡Excelente memoria, profesor! Así fue, en efecto. En estos últimos diez años, he construido y servido las astronaves para todas las líneas regulares y expediciones que los hombres han hecho en el espacio.

Abombó el tórax y con aquella voz repleta de tonos de egocéntrica intransigencia:

—No sé si le ocurrirá lo que a mí, profesor; pero esta transformación que la Humanidad está sufriendo me ha herido en lo más íntimo. Nadie me recuerda y los estúpidos del Estado Mayor Mundial, a los que he visitado hace poco, me han dicho que no deseaban astronaves, porque, sin ningún género de dudas, serían siempre inferiores a las que traigan esos misteriosos invasores… ¡Idiotas! ¿Qué saben ellos de lo que yo he llegado a concebir? Me dijeron también que prefieren esperar la llegada del enemigo y combatirle en tierra, como si se tratase de cualquier guerra entre humanos…

—Estoy de acuerdo con sus puntos de vista, señor Barton.

—Gracias; me lo imaginaba y por eso he venido a visitarle.

Usted, como yo —agregó hablando sin rodeos—, es un hombre inteligente y ambicioso, cada uno en nuestro campo, hemos

representado algo en la Historia de los humanos que, movidos por un pánico, han olvidado ingratamente la deuda que habían contraído con nosotros.

—Eso pienso yo.

Jacques asintió vigorosamente.

—Estoy seguro de que se pregunta el motivo que me ha empujado a hacerle esta visita. Sepa usted, profesor, que soy un hombre práctico y que jamás me hubiese molestado en venir hacia aquí, atravesando zonas peligrosas, para que conversásemos sobre la ingratitud de una humanidad despreciable.

—Lo supongo.

—Perfectamente. Yo no sé hasta qué punto estará usted dispuesto a compartir conmigo el poder y la riqueza…

—Yo estoy siempre dispuesto a compartir ambas cosas señor Barton.

—De acuerdo; vayamos entonces al grano; sepa que poseo la más maravillosa astronave que la mente humana ha soñado jamás. Nunca, entiéndame bien, se ha construido un aparato como el mío. Si tuviese que detallarle sus características, estaríamos aquí durante semanas. Por eso, obviamente todo lo que no sea fundamenta!, le propongo salir de la Tierra, en mi compañía.

—¿Con qué objeto?

—Con el de ir en busca de los que intentan dominar nuestro Sistema Solar.

—¿Está usted loco? —no pudo por menos de exclamar Jacques.

—No, profesor; ya le dije antes que soy un hombre eminentemente práctico y, que yo sepa, ningún hombre práctico ha sido jamás un demente.

—Francamente, no le entiendo.

—Espere entonces. Ya le he dicho que mi astronave es una verdadera maravilla. En ella, llegar hasta Júpiter o hasta el mismo Plutón no es más que un paseo más o menos largo»

Por otra parte, está dotada de medios que le dejarían boquiabierto… El ir en busca de esas criaturas que se disponen a conquistarnos, ya lo sé,

es una aventura peligrosa, pero que merece la pena. Cuando vean nuestra astronave se convencerán de que no somos los pobres mentecatos que deben imaginarse y entonces, con toda la diplomacia del mundo, podremos convertirnos en sus «representantes» sobre la Tierra, lo que nos convertirá, por ende, en los soberanos del orbe… ¿Qué le parece? ¿Me juzga, ahora un demente?

Jacques guardó silencio unos instantes mientras meditaba.

—Es la más tentadora aventura que me ha sido presentada en mi vida —dijo al fin—. Pero, de todas formas, desearía hacerle una pregunta.

Barton sonrió divertido:

—Pregunte lo que quiera, profesor. Adelante.

—¿Por qué me ha elegido precisamente a mí?

—Esperaba esa pregunta, a la que voy a contestarle en seguida. Usted, Lenoir, es la mayor autoridad en cosas del espacio y, al mismo tiempo, el hombre que ha hecho más viajes interplanetarios. Conoce usted perfectamente todo lo que atañe a las astronaves y, además —y esto es lo más importante—, es usted la única persona que, por sus conocimientos lingüísticos, podría establecer contacto con esos seres. ¿Contestada su pregunta?

—Sí.

—¿Acepta entonces mi proposición?

—La acepto.

Barton tendió su gordezuela mano por encima del despacho y Jacques la estrechó efusivamente.

—¿Cuándo desea que marchemos? —inquirió con una sonrisa de triunfo en los labios.

—Cuando usted lo ordene, profesor.

—¿Cómo ha venido usted hasta aquí?

—En mi helicóptero particular.

—¿Está muy lejos su astronave?

—A cuatro horas. En un lugar de la costa inglesa.

—Perfectamente. Vamos.

—¿Ahora mismo?

—¿Le sorprende?

—No, me encanta.

Salieron del barracón, dirigiéndose hacia el lugar en el que Barton había dejado su magnífico helicóptero del último modelo que había salido de sus fábricas.

—¿No se despide usted de nadie? —inquirió el británico.

—No.

Ya en el aire y rumbo al canal, el inglés, sonriendo:

—Creo que la estúpida Humanidad, sin saberlo, acaba de encontrar a los que la salvarán de una guerra cruenta y de una cierta derrota.

—También lo creo yo, Barton; pero también le digo que ¡e haremos pagar un alto precio por evitarle su propia y completa destrucción.

Barton no dijo nada, pero sonrió.

Estaba íntimamente gozoso de haber encontrado la clase de hombre que necesitaba.

CAPÍTULO VI

CUANDO el repugnante escarabajo avanzó directamente hacia Ferdinand, éste retrocedió horrorizado, pero el «insecto» señaló las palancas que servían para hacer funcionar las puertas.

—Quiere que abramos las puertas —intuyó Jossie.

León se dirigió voluntariamente hacia la palanca e iba a manejar la que abría las puertas interiores, que daban paso al compartimiento estanco de purificación, creyendo que los «insectos» deseaban salir, cuando Jossie le previno con un grito:

—¡No, Duprés! ¡Abre las de fuera!

Ferdinand miró hacia la exterior y casi lanzó otro grito al ver un espectáculo que parecía imposible.

Media docena de esferas, que debían haber salido de la grande, rodaban rápidamente hacia la estación y lo que habían pedido los «insectos» era, sin ningún género de dudas, que se les diese paso hacia el interior de la casamata.

Ponía los pelos de punta el ver aquellas esferas, que brillaban intensamente, rodar mansa y directamente hacia la puerta, como si fuesen dirigidas por una fuerza misteriosa y potente.

Las tres primeras penetraron en el interior del compartimento estanco y León, obedeciendo a un expresivo gesto de Jossie, cerró las puertas de fuera, pulsando la palanca que abría las de dentro.

Las esferas penetraron deteniéndose junto a los «insectos».

Uno de ellos, el que parecía llevar la voz cantante, se acercó a la esfera que estaba más cerca de él y posó sus antenas sobre una especie de remates metálicos que se veían en su parte superior.

Inmediatamente, la esfera se abrió por su parte anterior —la que miraba hacia los humanos— dejando ver un complicado sistema de aparatos; instantes después y ante el asombro de los terrícolas, una voz clara, que se expresaba en un francés académico, dijo:

—¿Quiénes son ustedes?

Iba Jossie a adelantarse, cuando la mano diestra de Ferdinand la detuvo bruscamente, echándola hacia atrás:

—Yo contestaré, monada; no olvides que soy el jefe. Tú mantendrás la boca cerrada mientras yo lo disponga. ¿Entendido?

Y volviéndose hacia la esfera:

—Somos un grupo de científicos destacados en Marte para el estudio del Universo.

El «insecto» seguía con sus antenas posadas en los extraños remates.

—¿Sabéis quiénes somos?

—No.

—Venimos de lo que vosotros llamáis «constelación del Centauro».

—Lo suponíamos.

—Estamos conquistando este Sistema Solar.

—Lo sabemos.

—Vuestro planeta, el único habitado del Sistema, está siendo sometido a una destrucción total.

Jossie se estremeció y sin poderse contener:

—¿Por qué hacéis eso? ¿No creéis que hubiésemos llegado a un acuerdo?

—No hay acuerdo entre el poder y la nada —fue la inesperada respuesta.

Leclerc se volvió hacia la muchacha y con un tono furioso en la voz, gritó:

—¡Te prohíbo que vuelvas a hablar! ¿Entiendes?

Ella bajó la cabeza.

La voz de la esfera se dejó oír de nuevo:

—¿Eres tú el jefe de estos otros dos?

—Sí. Comprendo que representáis el poder, pero creo que no debíais destruirnos. Podemos seros de gran utilidad. Lo que no existe, para nada sirve.

—No soy yo quien debe decidir vuestra suerte… «Haku», nuestro jefe, dirá, finalmente, cuál ha de ser vuestro ulterior destino.

—Cumpliremos las órdenes de vuestro jefe… —dijo Ferdinand con un tono hipócrita que asqueó a sus compañeros.

Y, después de una pausa:

—Puedes decir a vuestro jefe que estamos dispuestos a facilitarle cuantos detalles necesite sobre nuestro planeta y el resto del Sistema.

La esfera tardó bastante en contestar:

—No temáis nada, por el momento. Nosotros regresamos a «Ultekurt» y volveremos pronto. Vosotros quedaréis aquí; lo mejor que podéis hacer es no salir de la Estación.

—Así lo haremos. ¿Dónde está «Ultekurt»?

—Es el próximo planeta, el más grande de vuestro Sistema, al que llamáis «Júpiter». Ahora, abrid la puerta; debemos salir.

Ferdinand se volvió hacia León y con un tono autoritario:

—¿No has oído, estúpido?

Los «insectos» salieron, mansamente seguidos por las esferas, Una de ellas, al lado de dos escarabajos, quedaron a un centenar de metros de la estación.

Momentos más tarde» la gran esfera, en la que había penetrado el resto, salía velozmente disparada hacia el espacio donde no tardó en desaparecer»

Observaron en silencio la marcha de aquellas extrañas criaturas.

Leclerc, con un gesto triunfante, se volvió hacia sus compañeros:

—¿Qué os parece? Si no hubiese sido por mí» estaríamos listos.

—¿Qué quieres decir? —inquirió la muchacha.

—¡Que sois un par de estúpidos! He tenido que hablar claramente dándoles la idea de que podemos servirles de algo...

Jossie avanzó hacia él y con los ojos fulgurantes:

—¡Me das asco, Ferdinand! ¡Eres capaz de vender a la Humanidad entera para defender tu miserable vida! ¿Crees que no he adivinado tus rastreros propósitos? ¡Colaborador con esos infectos monstruos! Afortunadamente» no te han creído; pero, si cometiesen el error de creerte, ya les diría yo unas cuantas verdades...

El la golpeó salvajemente, haciéndola retroceder vivamente hasta refugiarse entre los brazos de León:

—¡Eres un cobarde, Leclerc! —exclamó éste—. Alguna vez pagarás lo que estás haciendo. Me causas más asco que esos repugnantes escarabajos o lo que sean...

Los ojos del asesino parecían lanzar chispas:

—¡Dejadme en paz, pareja de idiotas! No quiero matarte porque sería completamente inútil... En cuanto a ésa, prefiero reservarme lo que pienso hacer con ella...

Y lanzó una carcajada siniestra en la que no era demasiado difícil adivinar sus rastreros y sucios propósitos.

—Hay que ponerse al lado de los más fuertes —dijo con una sonrisa malévola en los labios—: ése es mi método. Cuando estos mamarrachos se apoderen de la Tierra, en la que no podrán matar, en forma alguna, a todos los habitantes, yo seré quien mande... ¿Qué os parece? Una especie de soberano absoluto... Y hasta creo que más tarde, cuando empiece a escribirse de nuevo la Historia, se hablará de Ferdinand Primero, de la muy honorable dinastía de los Leclerc... ¡Ja, ja, jal

Se interrumpió al ver a uno de los dos insectos que se habían quedado en el planeta llamar con sus antenas sobre la transparente pared de plástico de la sala.

—¡Ábrele, León, a ver que quiere ahora ese tipo!

El escarabajo iba seguido de una esfera y ambos penetraron en la sala; casi en seguida, el «insecto» posó sus antenas sobre los salientes metálicos de la esfera y ésta, tras abrirse por su parte delantera, habló con el mismo tono de siempre:

—Voy a llevarme el cadáver de ese hombre; no creo que lo necesiten para nada.

Leclerc sonrió y mirando de una manera significativa a León:

—¡Puedes llevártelo y si deseas otro más estoy dispuesto a proporcionártelo inmediatamente!

El insecto no debió entender u oír nada, ya que nada más escuchar la primera parte de la frase, despegó sus antenas de la esfera y se precipitó sobre el cuerpo de Daniel, cargándoselo como si se hubiese tratado de una pluma.

—¿Para qué crees qué se habrán llevado el cadáver? —inquirió Jossie, dirigiéndose únicamente a León.

—No lo sé...

Pero, casi en seguida, la joven, que seguía mirando hacia el exterior, se llevó las manos a la boca como si desease impedir que el grito que pugnaba por salir de su garganta, lo hiciese; no lo logró y su alarido se prolongó en un agudísimo tono»

Allí enfrente, junto a las esferas metálicas» los dos «escarabajos» a cuatro patas» DEVORABAN LOS RESTOS DEL INFORTUNADO DANIEL.

* * *

Jugándose el todo por el todo y con las toberas de los reactores completamente apagadas, las astronaves dirigidas por Loffen se posaron suavemente sobre Marte, en medio de ¡a profunda oscuridad reinante.

—Ya hemos llegado —dijo el comandante germano—, y no creo que nos hayan visto.

—Ha sido estupendo —corroboró Christian—. Voy a ponerme el traje espacial y acercarme a la Estación. ¡Dios, quiera que no les haya ocurrido nada!

—¿Qué haremos nosotros entre tanto? —inquirió el otro.

—Permanecer a la escucha, comandante. Yo mantendré contacto con usted, sin cesar» con mi emisora portátil. Si les necesito, se lo comunicaré en seguida.

—Perfectamente… ¡Mucha suerte!

—Gracias.

Se había terminado de endosar el pesado equipo «espacial» y salió por una de las cámaras combinadas de la astronave, perdiéndose en la oscuridad de la noche marciana.

Conocía perfectamente aquella región, que había recorrido en otros tiempos» cuando se montó la Estación Experimental, y no tuvo graves dificultades para llegar a las cercanías de la estación.

Cuando se acercaba, las dos lunas marcianas surgieron bruscamente» en un cielo sin nubes, prestando al paisaje un aspecto fantasmagórico.

A la luz de Deimos y Phobos[2], Christian avanzó con redoblada prudencia y no tardó en divisar, recortándose sobre la cresta ondulada de un altozano, a los dos «insectos» y las misteriosas esferas Junto a ellos.

Comprendió inmediatamente que se trataba de los misteriosos atacantes del Sistema Solar y los observó con curiosidad no exenta de temor. Luego, al percatarse de que no le habían visto, prosiguió su avance hacia la maciza edificación cercana.

Conocía a la perfección la estructura de la estación, cuya construcción había dirigido. No deseando penetrar por una de las entradas principales, recordó la de emergencia que había hecho abrir por la parte posterior, a la altura de los sótanos y muy cerca de la cámara donde estaba el analizador de corpúsculos.

Oprimió el resorte que, desde fuera, abría la puerta, y penetró cerrando a su espalda. La luminosidad verdosa le guió hacia la escalera que conducía a las plantas superiores. Pero, antes de empezar el ascenso, se percató de que la puerta del analizador estaba completamente cerrada y que alguien había colocado un letrero que decía:

«¡Atención! ¡Peligro! ¡Está cámara

contiene un haz de "anti-materia"!»

Se dijo que «Ellos» habían atacado la estación, y la sola idea de que algo podía haberle ocurrido a Jossie le hizo estremecerse.

Decididamente salvó la distancia que le separaba de la planta superior y siguió subiendo hacia el observatorio.

Un rumor de voces acaloradas le hizo detenerse junto a la entrada.

—¡No podrás dormir ni un solo segundo! Ferdinand —decía León—, Tarde o temprano te verás obligado a cerrar los ojos y saltaré sobre tí para matarte, como tú has matado a Daniel; pero lo que yo haga no será un asesinato, sino un acto de justicia.

Leclerc lanzó una risita breve:

—No te hagas ilusiones, imbécil. He tomado una doble dosis de simpatina y no me dormiré. En cuanto a ti… no te mato ahora porque «Ellos» deben estar ahítos y quiero que se den otro banquete dentro de unos días… No quiero que se indigesten.

Rió de nuevo.

Entonces, súbitamente y cuando Christian se disponía a penetrar» después de haber sacado de su funda su revólver «espacial», la voz de Jossie le detuvo al sonar» tan deliciosamente como siempre:

—¡Debes haber perdido la razón, Ferdinand! Estamos abocados a un final horrible y cuando debíamos mantenernos unidos para luchar contra esos monstruos, tú te pones de su lado y les facilitas el triunfo. Aunque nos odies» no llego a explicarme que seas tan absurdamente loco…

—¿Qué quieres que haga» preciosa? Estoy seguro de que tú y yo saldremos con vida de esta aventura. No te preocupes demasiado por León; es un caballero y su carne será apreciada por nuestros amigos. Lo que sería una verdadera locura sería oponerse al poder de estos «monstruos», como tú los llamas. Con toda seguridad, más tarde o más temprano, nos necesitarán. Somos hombres de ciencia y conocemos muchas cosas que les facilitarán la explotación de los pocos humanos que queden con vida en la Tierra…

—¡Calla, por favor! —la voz de Jossie estaba impregnada de angustia —. Prefiero verme devorada, como el pobre Daniel, antes de colocarme a tu lado!

—Allá tú, encanto; estimo demasiado mi piel para exponerla a los dientes de esos «insectos», aunque sea después de muerto.

Christian no pudo contenerse más.

Dando un salto, salvó la distancia que le separaba de la entrada del observatorio.

Casi al mismo tiempo que penetraba en la sala, hizo fuego; una llamarada violeta surgió del amplio cañón de su pistola «espacial».

La mano armada de Ferdinand se cubrió de llamas azules, al mismo tiempo que soltaba rápidamente su pistola; un ronco grito de dolor se escapó de su garganta:

—¡No me mates, Christian! ¡Ten compasión! ¡No me mates!

El joven no se atrevió a mirar a Jossie; estaba completamente seguro de que, si lo hacía, la justicia quedaría sin hacer; así, entornando ferozmente los ojos, oprimió el gatillo, apuntando esta vez al pecho.

Leclerc cayó fulminado.

Lentamente, mientras guardaba el arma, Christian se volvió hacia los otros; ella le miró con sus bellos ojos extremadamente abiertos y en los que lucía un brillo de esperanza.

Antes de que él pudiera decir nada, Jossie se abalanzó, estrechándolo entre sus brazos:

—¡Gracias, querido… muchas gracias!

Permanecieron unos instantes unidos en aquel abrazo.

Después dijo:

—¡Qué contento estoy de verte, Jossie!

—Yo también; explícanos cómo has llegado hasta Marte.

Christian les puso en antecedentes de cuanto había pasado en la Tierra hasta el momento de su marcha; luego, a su vez, les hizo multitud de preguntas respecto a los «insectos» y las misteriosas esferas.

—Deben ser estupendos «robots» —opinó cuando León terminó sus explicaciones—. Pero no es eso lo que pos interesa, sino saber de dónde toman la «materia negativa» con la que están destruyendo las grandes urbes de nuestro planeta.

—Yo creo que esa cuestión podría contestarse plenamente en Júpiter.

Christian lanzó un suspiro de desconsuelo:

—Imposible llegar hasta allí; nuestras astronaves no poseen potencia para llegar hasta Júpiter.

—Pues estoy segura de que, si lográsemos llegar hasta allá, podríamos juzgar la situación desde un punto muy diferente—apuntó Jossie.

Charlaron animadamente y luego, ante los asombrados ojos de sus amigos, el joven estableció comunicación con Loffen, al que puso en antecedentes de cuanto sabía.

Luego, dirigiéndose a sus amigos:

—Tendré que ocultarme cuando regresen «Ellos». Podéis darles el cadáver de Ferdinand, aunque ya es malo que empiecen a acostumbrarse a devorar carne humana…

CAPÍTULO VII

ESO es Marte —dijo Jacques.

Barton lanzó una mirada indiferente hacia el planeta rojo:

—¿Está usted contento? —inquirió volviéndose hacia Jacques.

—Sí, el haber establecido contacto con esos misteriosos invasores, gracias a su maravilloso aparato ultra-radar ha sido un verdadero triunfo. Ahora nos conocen y saben que vamos a verlos. Tenía usted razón, Barton; esos seres han quedado impresionados por la potencia de nuestra astronave y de nuestros medios de comunicación; evidentemente Veían que los terrícolas estábamos menos adelantados. Ahora ya saben que no somos unos primitivos.

—Ya se lo dije, profesor. No hay más método que sorprender al enemigo con una potencia que ignora. Hasta ahora se han limitado a desconocernos, matándonos a distancia, como si se tratase de meros microbios con los que es desagradable y molesto entrar en contacto… ¡pero, desde este momento, nos ven desde otro ángulo, y es natural que supongan que poseemos otros métodos que les hacen temer una represalia. En eso ha de basarse, precisamente, nuestra política» cuando nos presentemos personalmente a ese Jefe del que nos han hablado.

—¿Se imagina usted cómo serán?

—No me importa; sean agradables o monstruosos, lo interesante es que hemos entrado en contacto con «Ellos» y que, en principio, eso demuestra que nos consideran; lo que debemos lograr ahora es que nos respeten o nos teman. Mejor, lo último.

Jacques lanzó una rápida ojeada a Marte, que se iba quedando atrás,

Por unos instantes» pensó que hasta era posible que Jossie continuase

allí, aunque era muy poco probable; luego desembarazándose de aquellas ideas molestas, se dijo que nada le importaba más que convertirse, al lado de Barton, en el dueño de la Humanidad…

—Hay que preparar los cañones automáticos, Barton —dijo en voz alta.

—Es verdad; empezamos a penetrar en la zona de los asteroides y no sería agradable chocar con uno de ellos. ¿Quiere usted ocuparse del asunto, profesor? Yo seguiré guiando la astronave.

—De acuerdo.

Jacques se alejó hasta el cuadro de mando, que conectado con una poderosa red de radar, informaba de los objetos que iban apareciendo ante la astronave.

Conectó el cañón automático.

Casi en seguida, el aparato empezó a estremecerse al ritmo de los disparos que iban pulverizando los asteroides que se oponían a la marcha de la nave del espacio.

La tremenda distancia que separaba a Marte de Júpiter está sembrada de un cúmulo —varios millones— de pequeños astros que siguen la trayectoria elíptica que, según algunos científicos, debió tener el planeta que allí se movía hasta que, por una causa desconocida, estalló en mil pedazos.

La peligrosidad de aquella zona del espacio estriba en atravesar la densa formación de asteroides contra los que se puede chocar en el momento menos oportuno. Pero, la inteligencia de Barton estaba bien demostrada en la cuidadosa preparación de su astronave que, dotada de un complejo sistema de radar, disparaba, por las bocas de sus dieciocho cañones atómicos, cargas de uranio, capaces de destrozar aquellos molestos islotes del espacio que, como acantilados o escollos, se oponían a la navegación.

Cuando la fantástica masa de Júpiter parecía ocupar totalmente el horizonte visible, el aparato superradar sonó súbitamente:

— Frene su impulso; van demasiado aprisa. No olviden la fuerza de atracción de este planeta.

Eran «Ellos» que, sin duda alguna, les seguían con sus potentes telescopios.

Barton disminuyó positivamente el impulso de su nave y esperó en silencio, lanzando una curiosa mirada hacia el planeta sobre el que sobrevolaban en aquellos momentos.

La voz se dejó oír de nuevo:

—Inclínense hacia el Este. Verán en seguida nuestra ciudad.

Así ocurrió en efecto.

A los pocos instantes, una masa tremenda, tan grande como hubiese sido una vista aérea de París, se ofrecía a los maravillados ojos de los terrícolas.

—¿Cómo es posible? —se preguntó Barton en voz alta.

—Son verdaderamente formidables. ¿Se imagina usted la fuerza que se necesita para traer esa enormidad desde el otro lado del vacío?

—Sí, son ciertamente poderosos y creo que podemos estar orgullosos, sin que pueda desagradarnos, el estar a las órdenes de tan grandes señores.

Momentos más tarde aterrizaban en una de las pistas.

Estaban dispuestos a sorprenderse, ya que imaginaban toda clase de seres ante los que iban a encontrarse; pero, cuando vieron acercarse aquellos «escarabajos» repugnantes; seguidos mansamente por las esferas, se detuvieron aterrados, como si lo que veían fuese el producto de la más loca de las pesadillas.

—Nunca me hubiese atrevido a pensarlo —dijo Jacques—. ¡Unos asquerosos insectos!

—En efecto, amigo mío; jamás los hubiese imaginado así.

Las esferas empezaron a servir de intérpretes y los dos terrícolas fueron invitados a seguir a sus «señores», como había dicho Barton, hasta un edificio construido con un material completamente desconocido para los humanos y que tenía la forma de un monumental obelisco.

En el interior, una sala de paredes desnudas, repletas de signos extraños y una especie de lápida de piedra —o algo semejante— de color verde, sobre la que se veía un gigantesco escarabajo, casi el doble de los que ya conocían ambos terrícolas.

Se detuvieron cuando So hicieron sus acompañantes.

Las esferas les habían seguido dócilmente, pero uno de los «insectos» trepó hasta lo alto de la piedra verde, seguido de una esfera que parecía rodar y subir milagrosamente, y se detuvo junto al jefe frotando enérgicamente las antenas contra las del monarca.

El monstruo escarabajo se incorporó un tanto y sus ojos redondos se fijaron un instante con curiosidad en los habitantes del sistema que se proponía conquistar, luego movió sus antenas contra las de su servidor.

Este aplicó después sus largos tentáculos en la esfera:

—¡El gran, el poderoso, el único «Harka» os saluda! Dice estar dispuesto a escucharos.

Otra esfera, de color dorado, subió mansamente junto al jefe.

Fue Jacques el que se adelantó:

—¡Poderoso señor! Nosotros venimos a informarte de cuanto desees para facilitar tu tarea de dominio sobre la Tierra. Tú no conoces aún los enormes medios de defensa que los hombres se disponen a emplear en cuanto tus astronaves se posen sobre nuestro planeta.

Hubo un silencio y la esfera dorada, el robot-traductor del jefe:

—¿Es que no han muerto todos? ¿Tantos sois? ¿No han sido todos eliminados?

—No —repuso Jacques—. Hay millones más, escondidos en sitios secretos; pero no te preocupes, poderoso señor; estamos aquí para ayudarte. Nosotros facilitaremos la tarea y obligaremos a que cesen toda resistencia los que se disponen a oponerla.

—¿Qué pedís a cambio?

—La autoridad máxima sobre los terrícolas que queden. Después de vuestra autoridad, la nuestra ha de ser la mayor sobre el Sistema Solar.

El jefe tardó algún tiempo en contestar.

—¡Sea! —dijo al fin—. Podéis contar con la autoridad que me pedís. ¿Sabéis que algunos de los vuestros, actualmente en Marte, nos han propuesto algo semejante?

Jacques sintió que sus piernas flaqueaban:

—¡Son unos impostores! Y exigimos que nos sean entregados. Desean engañaros, señor.

¿Sonrió el «escarabajo»?

Hubiese sido difícil saberlo; pero, en sus palabras, repetidas mecánicamente por el robot-traductor, había una indudable ironía.

—Está bien; vosotros ganáis; pero dejadme deciros que sois curiosos, ciertamente curiosos...,

Se había recostado de nuevo sobre la piedra y con un gesto vago despidió a la esfera dorada, que descendió botando, casi sin ruido, y se alejó prestamente hacia un rincón por el que desapareció.

El que los había acompañado se acercó a ellos.

—Vengan —hizo decir a la esfera que le seguía como un perro—. Voy a enseñarles algo que va a interesarles.

Atravesaron gran parte de la ciudad que, después de todo y exceptuando el obelisco-palacio que acababan de visitar, estaba formada por largas calles delimitadas por las esferas- astronaves de los seres de la Constelación del Centauro.

Pero, cuando al final de una interminable avenida, por la que circulaban cientos de miles de «insectos», llegaron a una plazoleta, los dos hombres se quedaron boquiabiertos.

Habían visto cañones colosales y aunque en la Tierra la paz parecía definitivamente asegurada, vieron los desfiles de los llamados «Ejército de la Paz», dotados de lo más terroríficos elementos destructivos.

Pero, al lado de aquel colosal tubo metálico, de más de cien metros de largo y que se terminaba en su base en una enorme esfera, no habían visto jamás cosa semejante:

—¿Qué es? —inquirió Jacques sinceramente intrigado.

La esfera no tardó en contestarle:

—Es nuestro proyector de anti-protones.

Barton admiró, junto a su compañero, aquella fantástica obra de la

técnica de los «insectos»:

—¡Es fantástico! —exclamó—. Pero, ¿de dónde habrán podido obtener la «materia negativa» que emplean?

La esfera vibró antes de contestar:

—El sistema que vosotros llamáis del «Centauro» ya no tiene más que un Sol; nosotros nos hemos apoderado del otro, ya en regresión…

—¿Dónde le habéis llevado?

—Su esencia está ahí dentro — dijo la esfera.

—¿Ahí dentro?

—Sí. Hemos descubierto que en el fondo de todos los astros luminosos hay un núcleo de anti-materia, que no espera más que ponerse en libertad. Es la contra-ley del Universo: la nada. Cada vez que dos estrellas chocan o que una de ellas se desintegra, por cualquier causa, la anti-materia se pone en libertad y se extiende por el Universo con un loco afán de destrucción. Naturalmente, sólo lo logra en parte… Vosotros, como nosotros, habéis conocido algunas muestras de esa «materia negativa» que llega hasta nuestros mundos; nosotros la llamamos por su nombre: «nada»; vosotros la llamáis rayos cósmicos…

Los dos hombres se miraron en silencio; luego, Jacques, profundamente emocionado:

—¿Hay mucha «materia negativa» ahí dentro? —inquirió señalando la tremenda esfera que servía de base al proyector.

—Si liberásemos toda la «anti-materia» que tenemos ahí, vuestro Sistema Solar dejaría de existir en un instante, por fortuna, está estabilizada y sólo sale a medida de nuestras necesidades. Cada botón rojo que véis en aquella parte de la esfera dispone la marcha de una pequeñísima cantidad de anti-protones; la suficiente para hacer desaparecer una de vuestras grandes ciudades.

Sin poderlo evitar, Jacques se estremeció.

—Espero que habréis satisfecho la curiosidad —dijo el «insecto», valiéndose de la esfera—. Ahora, si lo deseáis, podemos ir a Marte; nuestro jefe quiere empezar a cumplir lo que ha prometido.

—¿Qué quieres decir?

—Que los seres que tenemos en Marte os pertenecen por completo.

Una sonrisa de triunfo apareció en los labios de Lenoir.

* * *

El rostro de Christian expresó claramente la desesperación que le consumía; luego mirando a Jossie, mientras sostenía las manos de la muchacha entre las suyas:

—Me rompo la cabeza, sin hallar una solución a este asunto.

Ella sonrió tristemente:

—No busques una salida que no existe; estamos definitivamente perdidos, y esta vez, a diferencia de las demás, no podemos decir que haya esperanza mientras haya vida...

—No seas tan pesimista, pequeña; lo que me perturba es no poder conocer más profundamente a estos «insectos». Esta mañana cuando han venido y se han llevado el cuerpo de Ferdinand, les he estado observando detenidamente, desde ahí detrás, y he hecho cuanto he podido para encontrar algún detalle que me dejase adivinar su punto flaco, su talón de Aquiles...

—¿Y has logrado algo?

—No, Jossie; absolutamente nada. Aparentemente, parecen insectos; concretamente, escarabajos; pero, ¿por qué poseen esa inteligencia tan poderosa? Si no los conocemos... ¿cómo vamos a combatirlos?

—Eso es lo que yo digo, Christian...

León, que estaba a su lado, pero que miraba hacia el exterior, fue el primero en distinguir los dos objetos que se acercaban velozmente por el espacio.

—¡Vienen dos astronaves! —gritó.

Se precipitaron hacia la pared transparente del observatorio.

En efecto, dos artefactos, cuyo tamaño no dejaba de aumentar, se precipitaban velozmente hacia la superficie marciana y era evidente

de que iban a aterrizar no muy lejos de la estación.

Christian, que seguía atentamente la evolución de los dos puntos negros, lanzó inesperadamente una exclamación de sorpresa:

—¡Demonio! ¡Una de ellas es una astronave terrestre!

—¿Cómo?

—¿Es posible?

No contestó a las preguntas de sus compañeros, limitándose a asentir con la cabeza.

No tardaron mucho en darse cuenta que la aseveración del joven coincidía con la realidad. La astronave que se movía en segundo término era de tipo terrestre y no podía haber sido concebida y creada más que por manos humanas y por cerebros igualmente humanos.

Era, en realidad, un prototipo magnífico que causó la admiración de los tres terrícolas que observaron con verdadero entusiasmo, el aterrizaje impecable de la astronave.

—¿De dónde procederá?

—Es un misterio —repuso Christian—. Vamos al observatorio y con el telescopio pequeño podremos ver a sus ocupantes en cuanto desciendan.

—¿Es que no te das cuenta de que llevarán escafandras espaciales? —inquirió Jossie.

—Ya lo sé; pero no creo que importe mucho. Sus rostros serán perfectamente visibles.

Se precipitaron al observatorio y utilizando el sistema de espejos pudieron inclinarse los tres para poder observar, al mismo tiempo, lo que acontecía a lo lejos.

La puerta de la astronave esférica se había abierto y cuatro «escarabajos» descendieron, inmediatamente seguidos por las esferas-robots; pero las miradas de los tres amigos estaban fijas en la otra astronave» cuya puerta no tardó en abrirse.

Un hombre, vestido de astronauta, salió de ella; su imagen, notablemente agrandada, se proyectó en la lámina del espejo astronómico.

—No le conozco —dijo Christian.

Jossie y León movieron negativamente la cabeza; tampoco lo habían visto en su vida.

Salió el segundo ocupante de la astronave.

Su imagen, perfectamente visible a través de la escafandra completamente transparente que llevaba, hizo que de los labios de los tres amigos brotase la misma exclamación de asombro:

—¡JACQUES LENOIR!

Algo se quebró en el interior del corazón de Christian que, volviéndose hacia la joven, dijo:

—Me he equivocado lamentablemente, Jossie; él viene a buscarte. Verdaderamente, no le creía capaz.

Ella se dio cuenta de lo que ocurría en la mente del joven y tomándole por el brazo le dijo:

—El que Jacques haya venido no debe dejar de alegrarnos, Christian; pero, de todas formas, eso no significa absolutamente nada…

—¿Qué quieres decir, Jossie?

—Que no debes preocuparte, grandullón, deja que Jacques haga el héroe.

—Creo que Christian debía ocultarse hasta que conozcamos los verdaderos propósitos que ha traído aquí a esos dos hombres. ¿No os habéis fijado en las magníficas relaciones que parecen sostener con los «insectos»?

—Ya se acercan… —murmuró Jossie.

Y volviéndose hacia el joven:

—León tiene razón… ¡Escóndete, Christian! Si todo va bien, le diremos a Jacques que te encuentras aquí y podrás entonces llamar a tus amigos.

—Está bien.

Al ver a los dos terrícolas que se acercaban… —los «escarabajos» se habían quedado en compañía de los dos guardianes, con los que

parecían charlar en su lenguaje antenal— León se precipitó a abrir las puertas del compartimento estanco, y momentos más tarde los dos hombres penetraban en el interior de la estación, desembarazándose de sus escafandras.

Jacques miró triunfalmente a Jossie.

—¡Por fin! —dijo lanzándose hacia ella.

La joven soportó estoicamente el abrazo; luego, cuando pudo desasirse de Jacques:

—¿Cómo habéis logrado llegar hasta aquí? ¿Has visto esos terribles monstruos? ¿Cómo es que habéis llegado en su horrible compañía?

Jacques miró antes de contestar:

—¡Cuántas preguntas, amor mío! Está bien; está bien; contestaré a todas; pero antes deseo presentarte a mi amigo, el señor Barton.

León y la joven estrecharon la mano del otro.

—Ha sido gracias a la astronave maravillosa que ha construido mi amigo cómo hemos podido llegar hasta aquí; en realidad, venimos desde Júpiter.

—¿Desde Júpiter? ¿Quieres decirme que esa astronave ha sido capaz de llevaros hasta Júpiter?

—Eso es, señorita —contestó Barton con un brillo de orgullo en los ojos—. Mi astronave es lo más perfecto que se ha hecho en la Tierra.

Jossie miró intensamente a Jacques.

—¿Qué ha ocurrido en la Tierra, Jacques? ¿Qué destino espera a los hombres? ¿Qué desean esos monstruosos «insectos»?

—No debes preocuparte» querida; gracias a nosotros, las destrucciones en la Tierra van a terminarse. Las grandes ciudades han desaparecido, pero el número de víctimas ha sido muy inferior al que podría pensarse por el número de destrucciones…

—Es horrible.

Siguieron charlando animadamente y Jossie fue conociendo, poco a poco, pero con un terror creciente, los propósitos de aquellos dos hombres, a los que la ambición había cegado por completo.

Completamente absortos, ella y León no se percataron de que Barton, que acababa de oír un extraño ruido en la habitación de al lado, se movió lentamente hacia allí, mientras su diestra se apoyaba fuertemente en la culata de su pistola.

A medida que se acercaba más a la entreabierta puerta que comunicaba con la cámara vecina, Barton oyó la voz de alguien que hablaba en voz baja. Lentamente y sin dejar de mirar a los otros, que seguían enfrascados en una animada conversación, fue empujando la puerta silenciosamente; pero, de repente, empujó demasiado fuerte y no tuvo más remedio que penetrar, como una exhalación, en el departamento, con la pistola en la mano.

Jacques se precipitó a su vez, tras Barton.

Pálido como la muerte, Christian los miraba sin decir nada.

—¡Pero hombre! —exclamó gozosamente Jacques—, si es mi rival! ¿Qué hacías aquí escondido, perro?

El otro no contestó.

—Es igual; me he enterado de que los «insectos» aprecian los restos de los humanos. ¡Esta vez sí que has perdido!

Christian hizo lo posible por no sonreír; afortunadamente, había conseguido esconder la emisora portátil antes de que Barton abriese la puerta.

CAPÍTULO VIII

CHRISTIAN había sido atado, después que le desposeyeron de sus armas. Sentado frente a él, Barton y Jacques, sobre todo este último, le miraban con sorna:

—Has querido hacer el Quijote y has perdido, Dubón —dijo Lenoir—. Siempre tuviste envidia de mi puesto y, sobre todo, de la elección que Jossie había hecho. ¿Cómo podías creer que una mujer como ella pudiese equivocarse? —se volvió hacia la joven— ¿no es verdad, cariño?

Ella asintió con la cabeza, sin atreverse a mirar a Christian.

—¿Lo ves? Jossie sabe que el único de nosotros dos que puede convertirla en lo que ella se merece, soy yo. La estupidez de los hombres, al no reconocernos, ni a Barton ni a mí, la importancia que verdaderamente teníamos, va a colocarlos bajo nuestra égida y tal cosa les convertirá en algo grande. Con la ayuda de estos seres que han venido a instruirnos, convertirnos a los estúpidos humanos en una raza digna dé codearse con las que cruzan victoriosamente el Universo.

Christian clavó sus azules ojos en los de su interlocutor.

—Si no estuvieses completamente loco —dijo con voz serena—, te llamaría criminal, Jacques. Por fortuna, el destino no puede dejar las riendas de la Humanidad en las manos de un megalómano como tú.., o como tu amigo Barton. Es demasiado importante el porvenir de los humanos para que caiga bajo la férula de dos monstruos como vosotros, que, sin exageraciones, pueden llegar a ser peores que esos seres…

—¡Yo no soporto más a este charlatán empedernido —gritó Barton fuera de sí.

Se había levantado y, empuñando su pistola, avanzó decididamente hacia el joven.

Fue en aquel preciso instante cuando unas ráfagas de metralleta llegaron hasta ellos.

La noche había caído por completo y nada era visible en el exterior.

—¿Qué puede haber sido eso? —inquirió Jacques pálido como la muerte.

—¿No hay un reflector aquí? —inquirió Barton, más práctico que su amigo.

Se precipitó Jacques hacia el aparato y segundos más tarde un haz de lechosa luz horadaba las tinieblas que envolvían a la estación.

No tardó Jacques en descubrir los cuerpos exámines de los «insectos» y un grito de horror se escapó de sus labios.

—¡Los han matado! —exclamó.

Barton asintió tristemente con la cabeza:

—¡Estamos perdidos! ¡El jefe no nos perdonará jamás!

—¡Vámonos! —gritó Jacques fuera de sí—. ¡Regresemos a la Tierral Allí nos esconderemos para que no nos encuentren... ¡Prepárate, Jossie! ¡Arriba las manos» León! No queremos más carga en la astronave...

Lo ató velozmente.

—Ellos deben encontrar aquí a alguien sobre el que satisfacer su venganza. Estos dos pagarán por todos.

—¡YO NO VOY CONTIGO» JACQUES!

Se volvió hacia la muchacha:

—¿Es que te has vuelto loca? ¡Ya comprendo! ¡Estás enamorada de ese imbécil!, ¿eh? ¡Pues quédate con tu amado! ¡Átala también, Barton! Un rugido espantoso conmovió las paredes de plástico. Barton corrió hacia el reflector y el rayo de la luz recorrió veloz el exterior hasta tropezar con un objeto brillante y alargado que corría a ras de la superficie marciana.

— ¡Se llevan nuestra astronave! —rugió Barton.

No cabía la menor duda; la magnífica astronave, el orgullo de Barton, se elevaba, como una flecha, hacia las negruras insondables del espacio.

* * *

La astronave cruzó el espacio a una velocidad de vértigo. En la cabina de mando, Loffen seguía la marcha de los asteroides con una mirada de angustia. Detrás de él, en la cámara de radar, Fritz, su fiel ayudante, trataba de comprender los complicados mecanismos de defensa.

Todo dependía de una milésima de segundo y Loffen, con los ojos fijos en los cuerpos celestes que se cruzaban ante él, hacía lo posible para dirigir la colosal astronave entre aquel proceloso mar de escollos cósmicos.

Sudaba abundantemente, sabiendo que cualquier fallo, por pequeño que fuese, significaría no solamente la pérdida de la nave, sino un porvenir fatal para la Humanidad entera…

Quince minutos después, cuando los asteroides iban convirtiéndose en una masa densa y que Loffen desesperaba de poder seguir avanzando, sin estrellarse, Fritz conectó definitivamente el radar al cañón atómico y las primeras explosiones demostraron a Loffen que el camino hacia Júpiter estaba definitivamente abierto. Lanzando un grito de salvaje alegría, hizo que la nave del espacio alcanzase su máxima velocidad; por las toberas, ya al rojo, surgieron llamaradas amarillas y él uranio proporcionó un fantástico impulso a la astronave mientras los asteroides estallaban en mil pedazos a su alrededor.

Cuando Júpiter, el coloso del Sistema, cubrió totalmente el horizonte visible, Loffen frenó el impulso del aparato y eligió un lugar para descender, guiándose por las instrucciones que Christian le habla comunicado por radio, a medida que iba escuchando las palabras que había oído pronunciar a Jacques y a Barton.

La noche les favorecía, pero tenían que ser sumamente cuidadosos para no ser detectados por el radar de los «insectos»; para evitarlo, Loffen, jugándose el todo por el todo, avanzó a ras de tierra, haciendo girar peligrosamente la astronave en cuanto diviso la iluminación de la fantástica ciudad de los «escarabajos»

La astronave se posó blandamente sobre la dura tierra de Júpiter.

—Quédate aquí —ordenó el alemán a su ayudante—. Si dentro de una hora no he regresado y no ves nada de particular, vuelve a Marte y lleva a aquellos valientes a la Tierra; si fracaso, luchad valientemente contra estos monstruos. Explica a nuestras autoridades que son tan sensibles como nosotros al fuego de nuestras armas y que podremos vencerlos con la ayuda de Dios.

—¿Por qué no me deja acompañarle, comandante?

—¿Estás loco? Si yo no regresase, la causa de los humanos se vería gravemente comprometida. No, Fritz, debes ir tú solo, si yo no vuelvo.

Loffen se alejó, perdiéndose en la noche…

Avanzó decididamente, sin sentir miedo alguno; el haber visto caer, bajo las ráfagas de sus metralletas, a los diabólicos «insectos» que había matado en Marte había hecho que perdiesen importancia ante sus ojos. Podían ser poderosos, manejar los corpúsculos atómicos a

maravilla; pero la realidad era que, como el resto de los seres que conocía el buen alemán, eran sensibles a las balas de las armas por los seres humanos.

Sin embargo, rodeó ¡a fabulosa ciudad de los «insectos», yéndose directamente hacia el punto donde se levantaba el poderoso cañón —si así podía ser llamado— capaz de lanzar aquella fantástica «materia negativa» que tanto mal había hecho ya en la Tierra.

La seguridad que «Ellos» poseían de que nadie podía llegar hasta allí, les había dictado la insensata medida de no poner centinelas y así pudo Loffen llegar, sin mayor tropiezo, hasta la base del cañón, cuyo manejo conocía por lo que, a su vez, Christian había oído de los labios de Jacques y Barton.

Tampoco fue difícil para el valiente germano el mover la tremenda masa, gracias a los mandos sencillos que encontró en la base del cañón; luego, aprendiendo rápidamente el manejo de los volantes que tenía ante sí, movió el cañón apuntando serenamente hacia la ciudad de los insectos.

Lo demás fue demasiado fácil.

«Ser o no ser», había dicho Hamlet. En realidad, fue aquello lo que ocurrió: apenas había oprimido el disparador, la ciudad de los escarabajos se esfumó, como si jamás hubiese existido, como si no hubiera sido más que el producto de una disparatada pesadilla.

Profundamente emocionado, Loffen se dirigió rápidamente hacia la astronave, donde se abrazó a Fritz:

—Todo ha terminado —dijo con un suspiro—. La Humanidad puede mirar al porvenir sin miedo alguno.

* * *

Con los ojos inyectados en sangre y una espuma rabiosa en los labios, Barton se volvió ferozmente hacia Christian.

—¿Quiénes son esos que me han robado la astronave?

Sin manifestar temor alguno, el joven lanzó un suspiro de satisfacción;

luego, con una voz en la que nadie hubiese podido apercibir el menor temblor:

—Mis amigos, Barton; mis amigos que van hacia Júpiter.

A Barton le costó más de medio minuto el poder articular la siguiente pregunta:

—¿A Júpiter? ¿Qué van a hacer allí esos locos?

—Destruir al enemigo.

A pesar de su estado de furia incontenible, Barton no pudo impedirse de lanzar una carcajada:

—¿Combatir los «insectos»? ¿Con qué armas? ¡Locos más que locos!

A su vez Christian sonrió:

—No están locos, Barton; van a destruir la ciudad de esos seres monstruosos con sus propias armas: ¡LA MATERIA NEGATIVA ENCERRADA EN EL CAÑON GIGANTESCO!

—¿Cómo? ¿Cómo sabe eso? ¿Habéis estado en Júpiter?

—No, mientras Jacques y usted hablaban por los codos, yo informaba a mi amigo, el comandante Loffen, la situación de la ciudad y cuanto dijisteis de ello.

Barton cerró los puños.

Nunca; nunca en su vida había sentido un odio tan tremendo como el que experimentaba en aquellos momentos; así, despreciando las armas de fuego, a las que consideraba poco eficientes para lo que deseaba hacer a Dubon, sacó un largo estilete y avanzó decididamente hacia el joven.

Loca de terror, Jossie lanzó un grito, interponiéndose entre el enfurecido Barton y el hombre que amaba.

Barton la golpeó secamente, haciéndola caer de rodillas.

Un disparo desgarró el silencio que se hizo tras la caída de Jossie; Barton se encogió sobre sí mismo, doblándose lentamente. La sangre apareció en sus labios y, merced a un esfuerzo tremendo, se volvió hacia Jacques que sostenía la pistola en la mano:

—¡Cerdo! —exclamó.

Luego, brutalmente, su cabeza chocó contra el suelo.

Hubo un silencio y la voz de Christian se dejó oír:

—Gracias, Jacques.

Dejó éste caer el arma al suelo y salió de la estancia, alejándose hacia los sótanos. Al llegar ante la cámara cerrada, donde estaba el «analizador», encendió un cigarrillo.

Oyó perfectamente cómo Jossie desataba a Christian y después a León; pero no se movió.

Estaba definitivamente vencido.

* * *

Desde la Luna, donde aterrizaron todas las astronaves de la escuadrilla de los «Voluntarios del Espacio» para que sus tripulantes pudiesen descansar, comunicaron con las autoridades de la Tierra, haciéndoles partícipes de la buena nueva de que el peligro de la anti-materia había desaparecido.

El recibimiento que les hicieron, al llegar a la Tierra, fue verdaderamente apoteósico.

Antes de llegar al Globo terráqueo, cuando las astronaves se preparaban a partir, Loffen reunió a sus hombres.

—Quiero pedir una cosa a todos —dijo; y cuando el silencio se hizo más profundo—: Este hombre que regresa con nosotros —agregó señalando a Lenoir— cometió graves errores, pero supo al final limpiarse definitivamente de su falta, librando a nuestro amigo Dubon de una muerte cierta. No debemos ser rencorosos, ya que el futuro se muestra tan hermoso para todos nosotros y que, más que nunca, la Humanidad necesita técnicos que la preparen para defendernos de peligros que puede aportarnos el porvenir. Jacques Lenoir seguirá siendo el director del instituto Astrofísico de París» honrado y querido por todos; porque, por encima de sus errores, nos ha demostrado aceptar virilmente la pérdida de lo que más deseaba y no es ambicioso

el que sabe rectificar a tiempo.

Lenoir estrechó caballerosamente la mano de todos los expedicionarios.

Pasados los primeros instantes de emoción, cuando una multitud entusiasta vitoreó a los héroes de aquella salvación cósmica, Christian y Jossie consiguieron escaparse al delirio público que les envolvía.

Loffen y Jacques, por el contrario, fueron el objeto de las mayores aclamaciones.

Cuando fueron trasladados al edificio de la emisora de Bruselas —una de las ciudades que habían logrado escapar a la destrucción —. Loffen se acercó emocionado al micrófono.

—Amigos —dijo—, me alegra el poder estar de vuelta, portador de buenas noticias y me complace comunicaros el final de estas semanas de desventura colectiva, universal, que hemos padecido. Sin embargo, deseo aprovechar esta ocasión para poneros en guardia de un optimismo que se me antoja demasiado peligroso.

»Hace años que, gracias a Dios, parecen haber cesado nuestras luchas y que la Tierra, nuestro hermoso planeta, ha conseguido una paz más que merecida. Pero el destino, ese gran fabricante de sobresaltos acaba de darnos su primera y dolorosa lección.

»No será la última...

»Debemos prepararnos; estar atentos a los peligros que pueden llegarnos desde fuera. Por fortuna, esta vez hemos salido victoriosos» pero eso no quiere decir que la angustia ha terminado. Pobres seres minúsculos, vivimos en una burbuja de aire que flota en el infinito de un Cosmos que desconocemos por completo.

»¿Qué nos reserva lo futuro?

»Somos como los habitantes de un continente, cuyas playas dan a un proceloso océano; como ellos, cara al espacio, debemos mantenernos vigilantes, día y noche, preparados, dispuestos, sin concedernos ningún descanso, para defender, sin miedo a la derrota, todo lo que nuestra civilización ha conseguido hasta ahora.

»Esta vez, a pesar de todo, no podemos quejarnos; muchas de nuestras ciudades —orgullo de la civilización— han desaparecido; pero, de todas formas, hemos de lamentar muchos menos muertos de los que

lloraríamos si no hubiésemos obrado con cordura. La verdad es que cuando «Ellos» destruyeron, después de Nueva York, otras ciudades, no lograron más que hacer desaparecer edificios y bienes; lo más grande, la vida de millones de criaturas, estaba ya a salvo.

»Otra cosa he de deciros; en contra de las opiniones de algunos de los miembros de mi heroico grupo, de mis «Voluntarios del Espacio», he conseguido traer, para los Museos de la Tierra, seis cadáveres de los seres que han estado tan cerca de someternos a la más horrible de las tiranías.

»Es casi seguro que las autoridades os permitan, pronto, en cuanto los científicos hayan terminado de estudiar esos cuerpos, ver a los que, por poco hubiesen sido los dueños de nuestro desgraciado Sistema Solar…

»Su vista os causará horror y es seguro que os preguntéis muchas cosas; no temáis hacerlo. La vida puede manifestarse de muchas maneras a lo ancho de todo el Universo; que no os extrañe su forma, su aspecto que, para nosotros, puede llegar a parecer repugnante. Por desgracia, su política ofensiva nos ha impedido conocerlos mejor…

»¿Quién sabe si hubiésemos llegado a entendernos con ellos?

»Porque, por encima de las disputas, sean éstas entre hombres o entre seres de distinto mundo, pueden abrirse el camino a la comprensión y al amor que, sin ningún género de dudas, es la sola Ley que puede reinar sobre el Universo…

»Nada más» amigos…

En el pequeño restaurante donde almorzaban, Christian y Jossie sonrieron; él alargó la mano y apagó el diminuto aparato de radio que había sobre la mesa del reservado donde estaban.

—¿Qué te ha parecido, amor mío?

—¡Muy hermosas palabras! Y para que todos vean que nosotros damos el ejemplo de esa Ley de la que acaba de hablar el bueno de Loffen… ¿me das un beso muy fuerte, cariño?

FIN

UNA ADVERTENCIA AL LECTOR

ESTO que acabas de leer, amigo lector, no es más, naturalmente, que una obra de ficción, una fantasía exclusivamente creada para complacerte y hacerte pasar un rato agradable. De todas formas, no quisiera dejar estas páginas sin advertir que la Terrible arma empleada, en el relato, por los fantásticos habitantes de la Constelación del Centauro no es, ni mucho menos, una fantasía.

El átomo —esa universal forma de la materia, que nadie ha visto— no deja de preocupar a los sabios que no cejan en perseguir la comprobación de las teorías que van naciendo a la luz de los nuevos descubrimientos. Desde que el pensador griego lo imaginó, el «átomo» —que quiere decir «el indivisible»— no ha dejado de mostrar partes y más partes, demostrándonos su similitud con un sistema planetario en el que una parte central y de gran peso— ¡relativamente! —, el «protón», es como un sol alrededor del cual giran los «planetas» que serían los corpúsculos cargados de electricidad negativa y denominados «electrones». Todo, amigo lector, parecía tan simple y tan sencillo; pero, he ahí que muy pronto, «sol» y «planetas» no fueron los solos responsables de la estructura atómica y gracias a los nuevos aparatos, cada vez más potentes, se fueron descubriendo nuevas partículas que han ido complicando la sencillez primera:

En 1932 además de los «electrones», que ya se conocían, se descubre el «protón» o «protones», masas centrales del átomo (soles del sistema). En 1948 y utilizando el ciclotrón —capaz de producir un billón de electrónvoltios—, se descubre el «mesón», luego el «neutrón», más tarde el «positrón»; luego los «neutrinos», y… finalmente en 1955 —en un nuevo aparato llamado «bevatrón» y capaz de producir SEIS BILLONES de electrón-voltios— se descubre, por último el ANTl-PROTON, el personaje de la novela que acabáis de leer. Ese corpúsculo revoluciona totalmente el sentido que se tenía de la materia, porque representa SENCILLAMENTE LA ANTlMATERIA;

algo tan espantosamente negativo como LA NADA.

Cosa que toca el «anti-protón», cosa que desaparece, convirtiéndose en energía. Según algunos científicos, esta «materia-negativa» viviría en lo hondo de algunas galaxias, en el corazón rugiente de algunas colosales estrellas…

Eso es todo, amigo lector.

[1] N.E. —Gas que por su baja densidad es insustituible en el llenado de globos y dirigibles.

[2] Nombres de los dos satélites de Marte. N.E.